

La interpretación, corta

The interpretation, short¹

Por Mg. Marco Máximo Balzarini - marcombalzarini@outlook.com

Resumen:

El presente trabajo pretende organizar los fundamentos que soportan a la interpretación psicoanalítica desde la enseñanza de Jacques Lacan en dos grandes movimientos doctrinarios de pensamiento. Esta propuesta de clasificación comparativa de los principios de la interpretación analítica se verá atravesada por una lógica común, reducida a un término: corta. Si hay que describir la interpretación analítica, habría que preguntarse ¿cómo es? Corta. Y si hay que esclarecer su modo de operar, habría que preguntarse ¿qué hace? Corta. Este trabajo intentará demostrar de qué manera estos dos sentidos atraviesan ambas doctrinas. De este modo, el trabajo aporta a la problemática precisa de cómo intervenir en una sesión de psicoanálisis de orientación lacaniana, teniendo en cuenta su especificidad como dispositivo de tiempo variable, a diferencia de otras modalidades terapéuticas. La pregunta guía es ¿cómo la interpretación psicoanalítica lacaniana está en relación con la palabra "corta"? Y la hipótesis a defender es que la interpretación no solamente corta, sino que también es corta, lo cual resuena contra.

Palabras clave: interpretación, psicoanálisis, Lacan

Abstract:

The present work intends to organize the foundations that support the psychoanalytic interpretation from the teaching of Jacques Lacan in two great doctrinal movements of thought. This proposal for a comparative classification of the principles of analytical interpretation will be crossed by a common logic, reduced to one term: short. If interpretation is to be described, one should ask, what is analytical interpretation like? Shorts. And if it is necessary to clarify its mode of operation, one would have to ask: what does analytical interpretation do? Shorts. This work will try to show how these two meanings go through both doctrines. In this way, the work contributes to the precise problem of how to intervene in a Lacanian-oriented psychoanalysis session, taking into account its specificity as a variable time device, unlike other therapeutic modalities. The guiding question is how does the Lacanian psychoanalytic interpretation relate to the word "short"? And the hypothesis to defend is that the interpretation is not only short, but it is also short, which resonates against.

Key words: interpretation, psychoanalysis, Lacan

Introducción

Por razones de estructura que no se van a profundizar en este trabajo, lo que se desarrolla sobre la interpretación es exclusivamente procedente en los pacientes neuróticos, no psicóticos. Hecha esta aclaración se puede empezar diciendo que la interpretación analítica no es una técnica universal que se aprende y se usa por todos los analistas de la misma manera. No hay "la" interpretación estándar. Tampoco se trata de una mística, una magia del desciframiento, o una teoría de la adivinación con la que se traducen los sueños. No es una mitología, una astrología que viene a develar secretos y oscuridades de la humanidad. El consultorio de un psicoanalista no es una clase, ni una misa. El analista no corrige, ni da bendiciones. No da la palabra mágica, porque no existe. Hay quienes la hacen existir, dando palabras de aliento o caminos guiados por un

¹ En idioma inglés no se alcanza a advertir la doble acepción que la palabra "corta" admite en idioma español. La palabra "corta" en español tiene, al menos, dos acepciones. Por un lado, como adjetivo, remite a breve, conciso, de poca duración. Por otro lado, como verbo, remite a cortar, puntuar, dividir, separar, escandir, detener el progreso de algo.

ideal. Por el contrario, para el psicoanalista una verdad es el motor de lo que se dice, que se dice mal. Porque cuando se abre la boca libremente, lo que salen de ahí son maldiciones, dichos malos, maldicho (Miller, 2006).

Si la interpretación analítica tuviera reglas buscaría un resultado certero, ya conocido, y esas reglas se podrían enseñar. En cambio, en psicoanálisis el resultado se encuentra, entonces esas reglas no se pueden enseñar. Si hubiera reglas para la interpretación analítica, dice Miller (2018), resultaría en que sería una técnica. La técnica es aplicable, lo cual choca con los principios éticos de la práctica del psicoanálisis. La interpretación analítica no se enseña, es un arte, y por eso se vincula con una ética. La ética no está del lado del mal ni del bien, eso es la moral. La ética está del lado de la lógica del sujeto del inconsciente. El analista, dice Lacan (2009b), no dirige la vida de alguien, no le dice con quién tiene que acostarse, qué tiene que estudiar. Lo que el analista dirige es la cura.

Esto no significa que la interpretación analítica no tenga sus principios y que de esos principios no se sigan efectos. Los efectos analíticos producen efectos terapéuticos, y de los más rápidos que uno se imagine. Pero, para que el psicoanálisis produzca efectos, el paciente tiene que creer en la potencia de la palabra, estar convencido de la existencia del inconsciente, por sus formaciones, y vivir en esa maquinaria, que es también en la que el sujeto sufre. Esto es el principio de la transferencia al psicoanálisis, de transferir en el dispositivo analítico mi propia neurosis y de suponer al analista saber sobre el sujeto que me habita.

Es cierto que el psicoanálisis no es la primera práctica que intenta ser eficaz por medio de la palabra frente al dolor. Los chamanes, los oráculos, los sacerdotes, también lo hicieron. La función de la palabra es común a todos los seres humanos. La diferencia es que el analista “hace de una función que es común a todos los hombres, un uso que no está al alcance de todo el mundo cuando porta la palabra” (Lacan, 2009f, p. 336). “Lo verdaderamente novedoso que introduce el psicoanálisis en el campo de la palabra es la manera en que se invita a hablar al sujeto y la forma en que se lo escucha” (Zack, 2005, p. 151). Esa forma de escuchar es la interpretación.

La operación que hace el analista sanciona la entrada de alguien a un psicoanálisis (Schejtman, 2005). No va de suyo que por consultar a un psicoanalista ya se esté en análisis. El psicoanalista no se define por su nombre, por haber leído libros, por su trayectoria, por su experiencia clínica, por títulos universitarios, por la palabra de alguien importante, nada de eso. Un analista se define por algo más, por un plus de decir: la interpretación (Garroni, 1993; Miller, 1984; Chamorro, 2018). Esto implica que la cosa no es al revés, es decir, no es que todo lo que diga un psicoanalista es una interpretación, como si se partiera de la seguridad de que se es un psicoanalista, entonces por eso todo lo que diga es una interpretación psicoanalítica. Esto no es así para la perspectiva lacaniana del psicoanálisis. “Un psicoanálisis se define por la interpretación que se hace” (Chamorro, 2011, p. 27).

A lo largo de su enseñanza Lacan va trabajando diversas cuestiones acerca de la interpretación. A medida que modifica algunos conceptos la interpretación también sufre modificaciones. La idea de este trabajo es organizar los fundamentos de la interpretación psicoanalítica lacaniana en dos doctrinas de pensamiento para simplificar su aprehensión.

Primera doctrina de la interpretación

El comienzo de esta primera doctrina de la interpretación se sitúa en el año 1953. En ese tiempo Lacan se está confrontando con los posfreudianos, a quienes denunciaba que habían ignorado lo simbólico (lo inconsciente) por hacer prevalecer lo imaginario (el Yo). Si prevalece lo imaginario la dirección de la cura toma la vía de la identificación con el ideal, el yo del analista. La cura significaba que el paciente tenía que parecerse a su analista, mientras el analista interpretaba con un sentido prefijado, como si fuera un gurú que sabe de antemano, por su carácter universal, la interpretación. Como si hubiera un solo sentido, desde un manual de símbolos oníricos ya significados. La interpretación se alejaba de los principios lacanianos, de la ética, de la singularidad.

Lacan empieza por disipar la idea del lenguaje signo. El lenguaje signo es una perspectiva saussureana, donde el significante está unido al significado. Las abejas, por ejemplo, tienen un lenguaje signo, un código rígido, donde tres vueltas significa “hay miel en tal lugar”, no hay lugar al equívoco, no existe el día de los inocentes, no hay una abeja que haga un chiste, “mentira, había nada”, no hay eso de fingir. Lacan rompe con esa idea de la estructura de la comunicación. La inversión del

significante por encima del significado permite dar cuenta de que el significante se concatena con otro, y hay lugar al equívoco. Un lenguaje signo estaría del lado de informar, pero el uso que Lacan hace del lenguaje es provocar un nuevo sentido.

Al decir de Paulozky (1996), los efectos de la interpretación son el surgimiento de un significante nuevo. Precisamente, dice Palomera (1987), para Freud el análisis funciona al producir una neurosis de transferencia, al crear una nueva neurosis como solución a la neurosis sufriente, como solución a la manera de actuar el trauma inicial. El pasaje de una neurosis a otra no es automático, se tiene que producir, y eso se hace con la interpretación. La primera formulación que Lacan presenta sobre la interpretación, que viene desarrollando de la lingüística, es la puntuación.

Es un hecho que se comprueba holgadamente en la práctica de los textos de las escrituras simbólicas, ya se trate de la Biblia o de los canónicos chinos: la ausencia de puntuación es en ellos una fuente de ambigüedad, la puntuación una vez colocada fija el sentido, su cambio lo renueva o lo trastorna, y, si es equivocada, equivale a alterarlo. (2009a, p. 301).

El neurótico sufre de no saber a qué significación coagulada se mantiene sujetado. El sentido se dispersa sin cesar, una palabra lleva a otra, sin parar, y el sujeto queda desorientado en esa dispersión, no le permite saber la significación fijada al significado de lo que es en la vida. Ese no saber le hace sufrir. Para curar es necesario colocar una puntuación que involucre al sujeto, que dé valor a la palabra o la frase en la que el sujeto se encuentra concernido en ese mar de palabras en el que estaba ahogado. De esto se trata la puntuación afortunada, fija esa significación, ilumina al sujeto que vive en el paciente que habla. Esa puntuación se vuelve punto de capitón, dice Lacan, que ordena, en un sentido, los fenómenos que el paciente relata. El sujeto, una vez reconocido en la puntuación, descubre que es alguien diferente de lo que creía que era. Es la perspectiva del acto, antes y después.

Por ejemplo, dice Lacan:

Pero no es que los árboles de la marcha técnica escondan el bosque de la teoría lo que deploro, es que nos falte tan poco para creernos en el bosque de Bondy, exactamente lo que se esquivo detrás de cada árbol, que debe de haber árboles más verdaderos que los otros, o, si lo prefieren ustedes, que todos los árboles no son bandidos. A falta de lo cual preguntaría uno dónde están los bandidos que no son árboles. Así pues ese poco en que se decide todo en este caso merece tal vez que nos expliquemos sobre ello. Esa verdad sin la cual ya no hay modo de discernir el rostro de la máscara, y fuera de la cual parece no haber más monstruo que el laberinto mismo, ¿cuál es? Dicho de otra manera, ¿en qué se distinguen entre sí en verdad, si son todos de una igual realidad?. (2009e, p. 383).

Luego se reduce a la Y mayúscula del signo de la dicotomía que, sin la imagen que historia el escudo de armas, no debería nada al árbol, por muy genealógico que se pre-tenda. Árbol circulatorio, árbol de vida del cerebelo, árbol de Saturno o de Diana, cristales precipitados en un árbol conductor del rayo. (2009d, p. 471).

Pareciera entenderse nada. El psicoanalista no se preocupa por entender el sentido, sino por escuchar lo que se repite. ¿Qué se repite en ambos párrafos? Árbol. La palabra “árbol” se cuenta innumerables veces, es lo que insiste. No todo lo que está alrededor. Por querer ver el bosque no se ve el árbol. Ese es el significante que extrae la interpretación analítica, y lo extrae vaciado de ese significado (Miller, 2013a). El analista dirá: “¡árbol!”, “Hábleme de árbol”, “¿qué relación tiene usted con árbol?”, “¿qué tiene que ver usted con árbol?”. Lo invita a cambiar la dirección de las asociaciones, desplaza el asunto a otra parte que el síntoma, pero ahora implicando al sujeto en lo que dice que le pasa. El analista aísla ese significante traumático que itera en las historias, lo envía sin referencia para que el analizante le vaya dando sentido. Primacía del significante por sobre el significado. No supone una dimensión homogénea del significado, no entiende qué significa árbol, sino que abre al sentido singular. “La interpretación analítica te libra un significante sobre el que puedes afilar los dientes, los de tu interpretación, la tuya, es decir en relación a lo que mides el ángulo que es el tuyo” (Miller, 1996c, p. 42). En el trabajo

analítico ese significante ira perdiendo el goce que se le había fijado (Berkoff, 2021b). Y, sin hablar de su síntoma, el síntoma se irá disipando.

O por ejemplo, cuando se escucha un discurso político: “Pues bien, es por el progreso de este país, por sus habitantes...” y el discurso continúa desplegándose con enorme redundancia, repitiendo siempre la misma idea, hasta que de pronto llega el punto a dónde quería llegar: “Hay que aumentar los impuestos”. “A partir de allí comprenden retroactivamente cuál era el punto decisivo de ese discurso, punto que reordena las vagas consideraciones del personaje en cuestión. Lacan denominó punto de almohadillado este tipo de efecto” (Miller, 1984, p. 159). Hay que esperar para saber retroactivamente cuál es el valor de los elementos del discurso. La palabra que ha de puntuarse es “impuestos”, significante amo que determina y que tiene que pasar a ser sabido, para que se encadene en el discurso. Una vez que el paciente ha decidido dar un sentido singular a ese significante que se recorta, el analista dirá: “¡Ah!”, “Hasta acá por hoy”, “Suficiente”, “Seguimos la próxima”, “Bien” porque ha sido buen trabajo el del analizante atreverse a consentir a su inconsciente, y corta la sesión.

Lo que se interpreta es el punto sujeto, no más que eso (Miller, 2012). “¿Qué es un sujeto? Los sujetos no se ven, no caminan, los sujetos son escuchados en la articulación significante. [...] El sujeto nunca habla, siempre es representado por un significante para otro significante” (Chamorro, 2011, p. 98). Para que no se pierda en el sentido, la puntuación fija el sentido fijo para el sujeto: “árbol”, “impuestos” y lo hace aparecer. Un sujeto, dice Miller (2006) no es una persona. Las personas se pueden contar. El sujeto no pertenece al registro de los datos físicos. Es una discontinuidad en ese registro de los datos. Es el quiebre del sistema de conteo, donde el razonamiento se derrumba. Es lo que no hay, no existe a nivel de la objetividad. Hay que producirlo.

Producir un sujeto es un principio en la sesión de psicoanálisis lacaniano (Zack, 2005). “El sujeto se produce cuando uno es hablado por lo que dice y no cuando habla” (Chamorro, 2011, p. 97; 2018). La puntuación, al fijar el sentido, produce un sujeto porque esclarece el goce petrificado en los significantes amo a los que el sujeto se ha mantenido atado en lo inconsciente. Ese esclarecimiento produce alivio inmediato, porque le permite al paciente disponer del sentido que su inconsciente interpretó que es el sujeto en la vida para el deseo del Otro.

El sujeto se pregunta ¿qué soy? ¿Qué me quiere el Otro? y se arma una respuesta a partir de lo que interpreta que le falta al Otro. Esa interpretación, que el paciente no sabe y la puntuación fija, es un invento que lo inconsciente del paciente ha realizado respecto de lo que cree que el Otro desea para él. Es decir, el sentido del sujeto, que surge desde el significado, depende del deseo del Otro, que tampoco se sabe, hay falta de significante en el campo del Otro, entonces empuja al inconsciente a tener que interpretarlo, resulta en la significación fálica, que Lacan llama significante amo, rector, primordial, significante Nombre del Padre, S1, significado al sujeto.

La interpretación del inconsciente funciona como el discurso del amo. Es respuesta al qué me quiere el Otro, ubica al sujeto en el lugar de objeto, donde el Otro le hace cosas, pero no es algo que el Otro quiera, no es una verdad, sino que se lo inventó el sujeto, es una ficción, que es necesario reconocer. La puntuación confronta al sujeto con esa manera de gozar que se implica en el modo discursivo bajo el cual construye sus relaciones con el Otro. Así, se va promoviendo que su discurso sea comandado por el sujeto dividido, que se dirija al Otro en busca de sus significantes amo a partir de los cuales pueda producir nuevos sentidos.

El sujeto, dice Lacan (2018; 2009a; 2009b; cit. Paulozky, 1996; cit. Berkoff, 2021b), se identifica a ese significante amo como muerto. Esto es así porque ese significante amo metaforiza el Deseo de la Madre lo cual produce la significación fálica para el sujeto. Ese significante primordial resulta de haber matado algo. Para que exista una metáfora, algo tiene que morir. Así es la identificación para Freud. Para recrear una cosa, debe estar sobre su referencia original que ya no está, puesto que si está, no habría lugar para su recreación. Siempre hay que matar la cosa para sustituirla. Es decir, la cosa, que ya no está, se sustituye en la metáfora por un significante. El significante, que resulta de la metáfora paterna, tiene entonces un aspecto mortificante, la marca de la compulsión de repetición. Lacan ubica esto como sujeto mortificado por el significante.

El otro aspecto de esta identificación es terapéutico. La cosa pura condensa goce, y el significante la apacigua. Si bien Lacan no hablaba de goce en este momento, es posible interpretar que en lo imaginario anidaba ese concepto posterior. El neurótico

usa lo simbólico como defensa, como un sistema de inmunidad ante la emergencia de lo real. Usa lo simbólico para poder aliviarse, para descansar. Este es el atributo de pacificación que se le adscribe a lo simbólico. El punto está en que ese apaciguamiento del goce es dado por el significante mortificante por el cual el sujeto ha quedado subordinado y sobornado. “Ningún índice basta en efecto para mostrar dónde actúa la interpretación, si no se admite radicalmente un concepto de la función del significante, que capte dónde el sujeto se subordina a él hasta el punto de ser sobornado por él” (Lacan, 2009b, p. 566).

En la juntura de este doble filo del significante es a donde actúa la puntuación, sancionando el punto en el cual el sujeto ha quedado detenido en la significación fálica de manera mortificante y terapéutica. Después de la puntuación, se empieza a deshacer la metáfora, y puede aparecer la posibilidad, para el paciente, de tomar posición respecto de ese sentido que le corresponde y empezar a crear un nuevo sentido para el S1, una nueva interpretación para el S1, que tenga un poco de cosa propia, de deseo, que tenga un aspecto vivificante, distinto del que está siempre en juego y que no era sabido. Mientras permanezca no sabido el sujeto no lo puede reconocer como una afectación que le concierne. Cuando pasa a ser sabido tiene la oportunidad de soltar, de ceder ese modo de goce y ganar otro sentido. Por eso, “el sujeto neurótico es aquel que está dispuesto [...] a resignar el goce para ganar sentido” (Viñal, cit. Chamorro, 2011, p. 83).

La creación de un nuevo significante no va a ser la alianza perfecta que consiga un acuerdo entre nombre y referente, porque la distancia entre S1 y S2, por la pérdida que inaugura al sujeto deseante, será eterna. Y eso es lo que soporta que todo lo que se cuente en materia de discurso sea una estafa (Lacan, 2018). La promesa del S2 es una estafa. Por eso, el psicoanálisis no trata de poner de acuerdo al significante con el significado, sino de escandir el progreso del discurso en el punto donde se hace presente la falla de ese acuerdo, el punto auténtico de la relación del sujeto con el significante, el punto donde el síntoma encuentra su normalidad. De ahí que “la interrupción de la sesión marca una escansión en el progreso dialéctico de la verdad en marcha hacia su cumplimiento” (Miller, 2012, p. 20). El analista puntúa y detiene la marcha de la verdad hacia su satisfacción.

Lacan sostiene “la idea de que la interpretación puede contenerse en una escansión” (Miller, 2015, p. 234). Según Aramburu (2000), la escansión tiene función de corte, que reduce la inflación fálica, la hemorragia de sentido, corta lo que el Yo vuelve a decir en cuanto a la repetición. La escansión intenta sacar a la persona de su problema, para que el que habla no se reconozca de nuevo en su yo (Chamorro, 2011), es “la intervención que barre con la rutina y evita lo esperable” (Ioskyn, cit. Chamorro, 2011, p. 6).

Dice Miller (1994), interpretar es liberar un efecto de significado retenido por un significante opaco, es volver a inventar efectos de significado en los que la misma cadena significante se revela como pudiendo efectuar nuevos sentidos. Se trata de apuntar a la zona por fuera de lo que el paciente reconoce como problema propio, descentrando el discurso del problema que el paciente trae porque ahí no habla el sujeto, sino el yo narcisista, y para eso la interpretación se sirve de las irrupciones que van por fuera de esa voluntad de “hoy quiero hablar de este tema” que remite al mismo problema. Un paciente va a querer contar lo que se propuso, va a buscar más sentido, intenta volver al problema, es una cuestión de narcisismo. Si el analista sigue con el sentido, lo hace reventar. En cambio, si el paciente se encuentra ante la interpretación analítica sale destituido, lo cual produce un efecto de alivio. Es “querer ir por lana y salir esquilado, esta es la idea” (Chamorro, 2011, p. 107). “La suspensión de la sesión no puede dejar de ser experimentada por el sujeto como una puntuación en su progreso” (Lacan, 2009a, p. 301).

La interpretación, si hubiera alguna regla, se dirige a distinguir la repetición para revelar que a ella se la evita, para levantar acta del significante de la repetición. “Las historias son todas las mismas, y hay que reducirlas a su repetición” (Miller, 2018, p. 26). El analista procura que el yo no se acomode, por eso corta. Cuando el yo tiene tiempo, se acomoda, sigue dando vueltas, se defiende, sigue dando sentido a los S1 que van cayendo y el síntoma continúa. Pero, si le queda poco tiempo, estará apretado, se incomoda, se apresura, se desbarata, probablemente tropieza, y surge lo inconsciente. Una simple pregunta, como ¿por qué dice eso?, ¿qué significa esto para usted?, ya invita a no ser armónico, a incomodar la armadura del

relato, para alojar la modalidad de la repetición de la que sigue el corte. La práctica analítica no es sin apretar al yo (Miller 2012).

Lo inconsciente no es posible de prevenir, hay que estar activamente escuchando para dar el salto. Por eso, la sesión no depende del tiempo del reloj, de que se cumpla una determinada suma de minutos. Ninguno sabe cuándo se va a presentar la verdad inconsciente, “diosa incapturable, que surge donde menos se la espera, que se escapa, que siempre despista al sujeto” (Miller, 1984, p. 161). Si se deja librado el corte de la sesión al reloj se hace una mecánica fija de un dispositivo que trata con la esencia humana, el no saber. Entonces el paciente seguirá hablando hasta que termine su tiempo por la misma inercia del lenguaje y nada habrá cambiado. Puede hablar mucho, pero sin saber su decir. Lacan insistía en modificar el modo de trabajar de los analistas.

El S1 es lógica que orienta a la interpretación. No deja al paciente seguir hablando, seguir gozando de eso. Las sesiones largas pueden producir efectos terapéuticos, pero más lo hacen por cansar al deseo que por hacerlo surgir. Como indica Miller (2006), con sesiones largas, “es muy difícil dar al sujeto puntuaciones eficaces, porque una anula a la otra continuamente [...] Se obtienen efectos, pero no de localización del sujeto, sino de cansancio del paciente” (p. 89). Si no hay corte, una puntuación anula a otra, sin poder fijar al sujeto en su localización. “Para que la puntuación se inscriba, para que se permita al sujeto localizarse frente a la fijación de la puntuación, es necesario cortar la sesión” (p. 90).

Por ejemplo, si dice “no paro de trabajar”, “tengo temas ya trabajados”, “mi trabajo demanda mucho”, le vamos a interpretar “trabajador”, pero no para definirlo, sino para que nos diga a qué le suena eso que se repite, le vamos a pedir que hable sobre trabajador. Lo que hace el analista “es desplazar el sentido que está coagulado en el síntoma vía la pulsión para desarticular el sentido, dejar la pulsión liberada y que se localice en otro lugar [...]” (Chamorro, 2011, p. 43-44). Esto es puntuar, intentar desplazarlo por fuera del sentido que venía a contar, pero no con cualquier cosa, sino con el significante que se repite. Para que exista análisis se requiere esta permeabilidad de desplazarse, “aguantar no hablar del tema que él está interesado en hablar, soltarse un poco” (p. 63). Si no hay esta permeabilidad es difícil que haya análisis. Que no haya permeabilidad es por ejemplo “que se planta frente a la intervención y dice “No, no, un momentito, quiero terminar de contar, no es esto lo que estaba diciendo” (p. 199). Pero, no cualquier cambio de dirección significa división. El cambio depende de la interpretación que primero hizo el inconsciente sobre el sujeto y ahí el analista señala. El analista introduce “trabajador”, pero no para que el paciente diga el significado de esa palabra según el Diccionario de la RAE, sino para torcer su discurso hacia otro lugar que re lance la asociación libre, empuja al paciente un poco más allá de lo que sabe decir, empuja a que el analizante hable en su propia lógica, que hable de lo que se defiende, que hable como su inconsciente, como sus sueños, como sus lapsus, como sus síntomas (Miller, 2018; Chamorro, 2011). El inconsciente ya interpretó y el analista sanciona eso, le hace decir más sobre eso. Le decimos “hábleme de trabajador, de la relación entre usted y trabajador”, “¿qué tiene que ver usted con trabajador?”. Lo forzamos a que ponga en su historia a ese significante repetido con el que se presenta, que haga la historia de “trabajador”, de este dato, inevitable, que trajo. Ese dato queda recortado por el análisis, como un primer hito de su paso por saber. El saber es un corte en el sentido, dado por un dato que hace de acontecimiento, que no era advertido en la maraña de sentido. Por eso, para dejar una marca, la interpretación debe ser breve. Dice Lacan: “[...] la interpretación ha de basarse esencialmente en el manejo del significante - lo cual requiere que sea breve, a continuación, insistiré en la marca que debe dejar en ella la introducción de un significante [...]” (2010, p. 453). Con esta operación breve, de introducir un significante, desplazando el tema al ubicar la responsabilidad del sujeto, se intenta que el paciente se vaya convirtiendo en un analizante. Un analizante es alguien que trabaja sabiéndose dividido.

Un sujeto dividido no puede sostener un “yo digo”, porque lo que dice no es lo que realmente quiso decir (Chamorro, 2011; 2018). Cuando el yo habla no sabe lo que dice. Un sujeto dividido no es el que está acusando al mundo, que la culpa es del país, de la pareja que tiene al lado, de los hijos, quejándose del Otro. Cuando el paciente empieza a quejarse de los otros, el analista conduce para que el paciente pueda implicarse en las cosas de que se queja, por qué le pasa eso que le pasa, qué tiene que ver el sujeto con eso que le pasa, hasta que un buen día empieza a quejarse de sí mismo. Eso es producir un sujeto, el que

se implica en la pregunta ¿qué tengo que ver en esto de lo que me quejo? Eso es localizar un sujeto, de que llegue a conocer el punto de implicación subjetiva en su síntoma, lo que Lacan formuló en 1958 como rectificación subjetiva “es pasar del hecho de quejarse de los otros para quejarse de sí mismo” (Miller, 2006, p. 69-70). Dividir es que consienta al inconsciente y con ello ubicar la responsabilidad en la manera en que su deseo no sabido gestiona esa historia de la que se queja; es situar el amor que el sujeto tiene por ese significante primordial. Y de ahí hasta limpiar el inconsciente de historias, hasta dejar caer el amor a ese sentido fijo, lo cual puede llevar años de análisis.

La puntuación, una vez colocada, revela la manera en que se repite la interpretación que el inconsciente anexó al significado del sujeto para el Otro. Que sepa eso da la chance de abrir, desde ahí, a un sentido distinto al que traía el síntoma, cambiando la trama narrativa. La puntuación “toma el estilo del inconsciente, toma el relevo del inconsciente para desplegarlo” (Chamorro, 2011, p. 44). De esa manera, interpreta al sujeto que, al obtener su diferencia absoluta a la que se ha mantenido atado, al saberse entre la cadena de sentido, le permite separarse de la tendencia a identificarse con la masa y liberarse del peso de los ideales (Abello, 2001).

Abrir a nuevos sentidos no es otorgar sentido. La advertencia lacaniana para el analista es que no se pierda en otorgar sentido. El decir del analista debe estar acotado, debe cuidarse de no otorgar sentido, sino inflama al síntoma, lo alimenta, hasta que revienta (Lacan, 1988; Brodsky, 1995). La interpretación no enriquece. Para hacerle mejor, hay que acotarla.

Esto implica que la interpretación psicoanalítica, como dice Miller (2016), no es una explicación, ni una demanda. Si hubiera alguna regla, esta podría ser una de ellas, no anticipa, no traduce, porque mientras lo hace el inconsciente más se confirma como inconsciente en tanto que, por su pretensión de ser científica y exacta, sobrepasa, de manera superyoica, la interpretación que el inconsciente ya realizó.

No es “usted sueña con tal cosa, porque su pulsión bla bla bla, y usted tiene una transferencia negativa conmigo porque bla bla bla”, eso no es una interpretación lacaniana. No se trata, como se interpretó después de Freud, de hacer legible el texto enigmático del inconsciente, haciendo caer sobre el paciente el peso de la teoría edípica: "usted sufre porque su padre bla bla bla, porque su madre bla bla bla". "La interpretación analítica [...] nunca es el enunciado de un saber" (Zack, 2005, p. 157). Si lo fuera, produciría resistencia (Greco, 2005). La resistencia es del analista, que ha puesto su propio narcisismo en la cura al hacer entrar un debate con el paciente, en querer convencerlo de la teoría, lo cual abre a cierta rivalidad. Ese lugar imaginario no es el que le conviene al analista.

Véase un ejemplo clínico. Un hombre telefona para pedir urgentemente una entrevista. El tono de voz era tan "urgente" que el analista le propuso un encuentro para el día siguiente. El hombre llega y dice que se siente mejor, que sólo el hecho de haber telefonado constituyó un alivio (los analistas conocen ese efecto, la entrada en contacto con un otro supuesto capaz de responder, produce alivio). Como el paciente se siente mejor, ya no tiene voluntad de iniciar un análisis. Vagamente dice que aún hay otras cosas de las que podría hablar, pero que no está decidido a hacerlo. El analista, que es Miller, lo escucha, cuidadosamente, durante largo tiempo. Su discurso no parecía muy convincente y no intentaba serlo. “Quedaba claro que, delante de mí, estaba alguien intentando convencerme no de aceptarlo, sino de rechazarlo” (2006, p. 64). No había compromiso y cuando preguntó cuánto debía pagar, Miller respondió: “Nada”. El hombre volvió la semana siguiente diciendo que había pensado en telefonar para decir que quería anular el segundo encuentro. Al escuchar eso, Miller dice: “Pues bien, en tal caso...” y cortó la sesión. Fueron tres minutos y esta vez hizo que le pagase, por lo menos, el triple de una sesión, eso después de tres minutos. A la salida de este segundo encuentro, telefona y pide volver al día siguiente, como había hecho la primera vez. La lógica de este hombre es primero pide, segundo anula lo que pide, y tercero anula lo que anula. Lacan denomina a esto una manera de retroceder ante el deseo. El deseo comporta, en sí mismo, un momento de no desear; al mismo tiempo que este paciente demanda cancela lo que demanda, se le debe mostrar esto. Cobrarle mucho es una forma de negar la avalación de la anulación. De esa operación, de rechazar la anulación, cae un resto, que queda en las manos de Miller, es el dinero. Con esta sanción financiera algo aconteció para que ese hombre se pueda transformar en un sujeto. Como se ve en este ejemplo, la interpretación apunta a revelar la división de quien consulta.

Hacer surgir al sujeto es la responsabilidad del acto analítico que comienza con la bienvenida. La bienvenida no implica entrada en análisis. La entrada en análisis supone una cesión. El aspirante a analizante es quien trabaja, trabaja con su analista, se analiza con tal o cual, pero es quien trabaja, no el analista. Y quien trabaja, paga, cede. Se trata de la lógica inversa a las leyes del mercado. Paga con su saber, entrega el consentimiento a saber, cede su implicación en relación con su inconsciente (Sinatra, 2017).

Otra viñeta clínica de Miller, una joven histérica que, al atravesar los Jardines de Luxemburgo para ir hasta el consultorio, le cuenta al llegar que le parecía que todo el mundo a su alrededor hablaba en su cabeza y que hubo transmisión de pensamiento con una persona en el Jardín. Después de algunos minutos de ese relato, con el cual quería pasar por una loca, fue necesario cortar diciéndole: "Usted se quiere presentar como una loca" (2006, p. 52). Así, Miller apunta a la posición en relación con el dicho. Por supuesto, Miller había juntado elementos para diagnosticar que su paciente se trataba de una neurosis, y no de una psicosis en donde las voces podrían tomar otra dimensión. Lo que Miller interpreta es la fórmula reiterada de sufrir de esta sujeto. De modo que, lo que importa en la experiencia analítica no es la vestimenta, cómo se mueve, qué hizo antes, qué hace al salir, al entrar del consultorio, no importa tanto observar al paciente, sino "cuestionar la posición que toma aquel que habla con relación a sus propios dichos" (p. 39).

Lo inconsciente es la ficción que el sujeto se inventó, la ventana por la cual el sujeto mira su realidad, la película siempre igual por la que el sujeto significa su estadía en el mundo, la interpretación del significado del sujeto para el Otro. Sobre ese significado traumático se monta el fantasma, que es la respuesta fija al trauma. La puntuación funda eso inconsciente, porque el inconsciente no está formado, sino que es a advenir. No vivimos en el inconsciente, hay que producirlo, y para eso está el analista, para hacer que el sujeto tome noticia de aquello que le es propio, pero que a la vez le es ajeno; aquello que sabe, pero desconoce.

Mientras el inconsciente interpreta se sirve del sentido, se sirve de la articulación S1-S2. La puntuación respeta esa línea continua que va de S1 a S2, señala la dirección de esa significación neurótica propia del síntoma. Por eso, es corta, sino empieza a ser explicativa y "la frase explicativa refuerza el yo y refuerza los síntomas" (Chamorro, 2011, p. 12). Si no corta empieza a adquirir sentido lo cual se transforma en sugestión (Lacan, 2010). Si abunda en redundancias, en lo que ya está dicho, serían interpretaciones conceptuales, y Lacan está en las antípodas de eso. Puede ser grandiosa, pero queda expuesta a la decadencia, en tanto que se impone como mecanismo de reeducación emocional, y la interpretación psicoanalítica va en contra de la adaptación. El analista no acepta la demanda del paciente de que le ayude a adaptarse a cierta situación, sino que escucha la dimensión paradójica de la que el analista hace el fundamento de su interpretación. Como en esta viñeta:

Un hombre llega sin su mujer, pero presentándose como "marido", presentándose como alguien que tiene una esposa que inició un análisis y a quien después de algunos meses, ya no puede reconocer como su esposa. El análisis cambió a su mujer y, por otra parte, él tampoco es tan nuevo en la dimensión analítica pues ya se analizó durante mucho tiempo. Aquello que él desea, lo que pide del análisis, es lo siguiente: [...] su mujer se prepara para separarse y él quiere, a través de un nuevo análisis, prepararse para esa separación. [...] Después de algunos minutos surge en el relato que, durante años, este marido mantuvo a su mujer bastante atada, y se consideraba como la referencia fija de su mujer, su punto de referencia. En la medida en que ella precisaba de eso, él se constituyó en esa función. Parece que ésa fue también la posición del padre del paciente con relación a su mujer, su madre [...] Su padre se consideraba el jefe de la casa y el paciente creía que esta posición era exactamente la que su mujer necesitaba. Ahora, a través de su análisis, ella había tomado cierta distancia con relación a su posición anterior, pasando a quejarse de las observaciones despreciativas que su marido le dirigía. Ahora ella decía: "Tú siempre me haces sentir inferior delante de los otros". Cuando le pregunté si eso era verdad, él respondió: "Sí, ella no sabe qué hacer y necesita a alguien que la dirija". Es claro que su demanda de análisis era en el sentido de no cambiar, o sea él prefería aceptar su pérdida a cambiar cualquier cosa de sí mismo, manteniéndose en la misma posición, y eso a pesar de perder a su mujer. Su demanda era: "Ayúdeme a perderla" -como si ella fuese nada-, es decir confirmar su posición inicial de sujeto. Mi primera frase fue: "Usted no quiere cambiar". (Miller, 2006, p. 54).

No le explica, le señala la interpretación de su inconsciente. La interpretación semántica no puntúa el retorno de lo mismo. Pasa, no vuelve, decae, se borra, se olvida. La interpretación que no retorna, no da la medida de lo que perdura en la represión. Si la interpretación es capturada por el olvido, fracasa (Miller, 1996b; 1996d). En cambio, las formaciones del inconsciente son ya una interpretación que lo inconsciente realizó sobre sujeto que habita en el paciente que habla, por lo tanto el analista solo tiene que señalarla. El inconsciente interpreta mejor que el analista. "Si el analista se calla, es que el inconsciente interpreta" (Miller, 1996b, p. 9). De ahí que se justifica el silencio del analista (Miller, 1994; Lacan, 2015). De ahí que la interpretación de la persona del analista debe morir, lo cual da cierta nostalgia por esas interpretaciones impecables, majestuosas. ¡Es que el entendimiento no mata a los burros! Hace falta, dice Lacan (2018), superar esa pretensión de interpretación maravillosa. "La primera cosa sería extinguir la noción de lo bello. No tenemos nada bello que decir" (p. 19). Es la forma que el analizante tiene de "denunciar la complacencia con la que se adorna el retrato del analista como intérprete" (Miller, 1996e, p. 27). El analista tiene nada bello que decir, porque no es amo de la verdad. Si se cree ese papel, ejercerá la posición de supuesto saber como un poder. Por el contrario, como indica Lacan, la posición del analista es la de renunciar al poder que le confiere la transferencia y así es como podrá guiar al sujeto hacia su verdad (Morales, 1996). El poder al que renuncia el analista es la sugestión, que trae aparejado el fantasma de curar. Si de algo se tienen que curar los psicoanalistas es del *furor curandis*.

El sufrimiento es porque en la cadena de significación hay nada que interrumpa su deslizamiento, nada que detenga la fuga del sentido para el sujeto, el sujeto nada sabe en qué punto es tomado por el sentido que le concierne. Se trata entonces de colocar una puntuación, afortunada, que introduzca el significante amo del sujeto y tenga efecto de una detención en la cadena metonímica, que haga de punto en ella. "¡Usted, esto!". En este punto la interpretación del analista es inolvidable, porque le dice al sujeto su propia determinación, lo confronta con su castración, y eso es algo que nunca se va a olvidar.

Para esto el analista no está con sus identificaciones. La persona del analista está despojada, no están sus honores, sus reconocimientos, sus glorias. "Para comenzar, debemos dejar en la puerta nuestros emblemas, nuestras banderas, nuestras condecoraciones, nuestros títulos, como cuando en los wésterns te piden que te quites el cinturón para dejar las pistolas en la puerta" (Miller, 2016, p. 64). Por eso, una interpretación analítica nunca debería comenzar por "yo digo", eso es un acto de narcisismo, es una confesión de la persona del analista. Y la interpretación debe quitar la persona del analista (Chamorro, 2011; 2018).

Otra viñeta que presenta Peña (cit. Chamorro, 2011), la paciente dice: "me pasa que primero no quiero ir, y después me siento bien, primero prefería estar en mi casa, en mi pieza". La analista dice: "En mi pieza", afirmando la aclaración en la frase y ofreciéndose a la paciente de manera enigmática. La paciente responde: "¿En qué pieza de qué tipo?". La analista insiste: "¿Pieza de qué tipo?". La paciente intenta volver al sentido anterior y dice: "No, digo de qué carácter". La analista hace silencio porque ahí la paciente se fue del tema, se vuelve a defender el Yo. Y la paciente afirma: "Así suena a pieza de los hombres, ¡ay! cada vez que hablo me estoy embarrando más, yo quería hablar de la pieza de mi novio, que es muy linda". Hablar es embarrarse. Se embarra, se ensucia su Yo, dice más de lo que quiso, ya no se reconoce en eso que dijo, empieza a sentir que pierde pie, el narcisismo de su yo se ha conmovido, es el momento en el que se ha movido la estantería, se ha movido algo de la estructura. División quiere decir eso, el analista contraviene la voluntad de lo que la persona venía a contar, hace surgir un tema del cual no pensaba hablar. La analista dirá: "¡Pieza de los hombres!" y corta la sesión. Es la interpretación de la paciente al enigma propuesto por la analista, hay que autorizar la salida que la paciente encontró al enigma, empujarla fuertemente por esa vía, porque "es desplazar el sentido que está coagulado en el síntoma vía la pulsión, desarticular el sentido, dejar la pulsión liberada y que se localice en otro lugar [...]" (p. 43-44).

Esta no es la forma de trabajar con la psicosis, hacer esto con un psicótico es muy riesgoso, podría desestabilizarlo, por más compensado que esté. Es la forma de trabajar con las neurosis, porque apunta a la falta en ser, apunta a que termine no siéndole claro para qué está ahí, a vaciar el síntoma del sentido gozoso, a que se encuentre un nuevo sentido bajo el ángulo verdadero del sujeto. Puede suceder, dice Chamorro, que después de una intervención así, en la próxima no asista, o vuelva

diciendo “me quedé pensando en esto...”, lo cual supone que se ha situado algo en lo que el pensamiento del paciente viene girando. Están también los efectos de sinsentido, “no pude asociar respecto de esto”, “se me ocurrió nada más”, o diga que no sabe de qué hablar, lo que podría dar a pensar que se encontraría amenazada de hablar, que quiere quitar la palabra, que se ha expuesto demasiado en su castración, entonces hay que acompañar para que produzca nuevas divisiones. El análisis se piensa como un hilo, lógica de la cura, sucede algo y vienen los efectos. Lacan, en conferencias de 1975 en universidades norteamericanas, decía que la interpretación no está hecha para ser comprendida, sino que está hecha para producir olas. Esas olas se saben en el siguiente encuentro.

No es que el analista con la convicción que lo nombra como tal, diga lo que diga producirá una interpretación analítica, sino que ella estará supeditada a los efectos que se produzcan tras ella, al material que emerja una vez ubicada su puntuación. La separación del sentido gozado abrochado al sujeto se comprobará a efecto de saber si de ahí provienen nuevos sentidos que le den al sujeto una estadía más cómoda en su vida. Dice Lacan (2009b): “[...] para confirmar lo bien fundado de una interpretación lo que cuenta no es la convicción que acarrea, puesto que se reconocerá más bien su criterio en el material que irá surgiendo tras ella” (p. 568).

Veamos otra viñeta clínica, que presenta Brunstein (cit. Chamorro, 2011), sobre “una mujer que se ubica ante los hombres como siendo la que los sostiene, elige hombres que se presentan del lado del tener, y ella es la que les da” (p. 102). La paciente dice:

“No sé, tal vez sea que desde mi abuela en adelante siempre fueron mujeres que hacían de todo, las cosas de la casa, pero también se ocupaban de lo que no podían sus maridos. Tal vez con tantas mujeres que atajan las cosas, me lleva a no cuestionar que yo soy otra de esas mujeres”. (p. 102).

Su analista: “Mujeres que atajan”. Dice solo eso. De todo el mar de palabras, la analista recorta la interpretación del inconsciente, para que eso no pase desapercibido, para que el Yo no se coma esa interpretación. La paciente responde: “Sí, en mi casa era así”, y cuenta de qué manera todas las mujeres atajan, cuidan animalitos, etc. No alcanzó la interpretación del inconsciente, que en este caso es la identificación con las mujeres que atajan, que cuidan, porque sigue hablando de lo mismo. La analista hace tirar de la interpretación del inconsciente, se sitúa ahí donde el inconsciente se abrió, para que el Yo no cierre y, sutilmente, insiste: “Atajan”. Así, como una alucinación verbal que no se sabe de dónde viene y quién lo dice. Acorrala al sujeto en el significante escogido para representarse ante Otro. Al sacar una parte a la frase le saca el sentido sólido. Entonces la paciente asocia: “Se me viene “tajo” y no sé, un “hacha”, ¡uy!, me acuerdo del hacha que había en el lugar de las herramientas del fondo de casa, yo ahí jugaba con las herramientas, jugaba al mecánico” (p. 102). El mecánico es otro tema. Desde “me acuerdo...” es de nuevo las vueltas dichas del pensamiento. La haría volver al sentido de esas mujeres que hacen todo. Lo que hace la analista es señalar esa interpretación del inconsciente, primer paso, para luego recortar el significante e insistir en que se escuche el modo en que el sujeto es hablado, segundo paso. “A lo real, dice Lacan, se lo acosa” (Aramburu, 2000, p. 24).

Así, “la interpretación psicoanalítica, [...] desde la primera entrevista hasta la última sesión previa al final del análisis, escinde al sujeto” (Chamorro, 2011, p. 8), intenta romper el reconocimiento del Yo, que no se reconozca en lo que está hablando. Cuando dice: “perdí el hilo, estoy confundido/a”, cuando no sabe quién es el que habla, cuando ha perdido su identificación, cuando ha dejado sus privilegios, “esto es el yo cuando es tocado por el inconsciente” (p. 201). Eso es división, es destituir el significante amo. Es más tranquilizador cuando la duración de la sesión es fija, el Yo cree tener asegurado una regla que evita la desarmonía. Por eso, corta, para que el yo no la alcance con su captación de sentido.

Dice “atajan”, eso no se puede dejar pasar, no es “continúe”, es “atajan”, insiste para poner “en marcha el dispositivo del inconsciente porque extravía el sentido fijo de “atajar”, [...], ser el sostén de los hombres [...] para dar tajo, para dar hacha” (Viñal, cit. Chamorro, 2011, p. 103). El sentido fijo del significante privilegiado "atajar" da goce, produce drama por su inercia. Si “la función del lenguaje no es informar, sino evocar” (Lacan, 2009a, p. 288), entonces la analista entra en el

discurso por un costado, de manera lateral, evocando ese significante que queda por fuera, para que se mueva, para que no quede estancado, petrificado en el síntoma, sino para desligar, separar significante de significado, lo cual provoca un efecto cómico pues el significado queda suelto.

Freud decía que el chiste tenía relación con lo inconsciente porque no es con explicaciones que se constituyen las vías para su acceso. Cuando queremos explicar, arruinamos. El chiste explicado ya no causa gracia. Su estilo es la sorpresa, mismo estilo de la interpretación analítica que “toma por los cabellos a la ocasión” (Miller, 1984, p. 162), que puntúa una palabra o frase relevante por su repetición que permite ubicar un primer recorrido lógico haciendo aparecer una dimensión no reconocida por el hablante. “Para esto la interpretación sigue los caminos que el inconsciente le enseñó: sorpresa y brevedad” (Chamorro, 2018, p. 44).

Evoca el significante que determina al sujeto en su alienación respecto del Otro, pero no dice qué quiere decir, porque el significado se representa para otro significante que buscará a otro. Por eso, no se trata de explicaciones conceptuales. El analista no es un maestro (Miller, 1984). Hace que el paciente consienta a entregar lo evocado en la puntuación, a que se le extraiga ese significante especial, al cual la pulsión ha quedado fijada, consienta a ceder goce, a que pague con eso, para dar oportunidad de que eso ingrese en la ficción que el sujeto se arma y deje de ser rechazado en tanto que no sabido. “El significante que está encadenado nos limpia de goce, excluye goce” (Chamorro, 2011, p. 119).

No cabe pues dudar de que el analista pueda jugar con el poder del símbolo evocándolo de una manera calculada en las resonancias semánticas de sus expresiones. Ésta sería la vía de un retorno al uso de los efectos simbólicos, en una técnica renovada de la interpretación. (Lacan, 2009a, p. 284).

Estamos en el tiempo de la supremacía de lo simbólico, la interpretación se apoya en la función del significante, que es evocarlo e invitar a las conexiones posibles, apuntando a provocar nuevos significantes que se combinen, que se encadenen, que el paciente se escuche para que la significación tenga otro destino a partir de conducir los fenómenos a ese significante elemental al que el sujeto se mantuvo atado y se le presenta como reduciéndose a este su manera de repetir. Tiene que estar el inconsciente intérprete, pero tiene que estar también la interpretación del analista que empuja, hasta cierto límite, aquello de lo cual el sujeto tiene que hablar (Miller, 1996a; Chamorro, 2011; Furman, 2005).

Se insiste, se impide que el sujeto se mueva del significante de goce que marca la posición desde la cual habla. Se le lleva al sujeto, una y otra vez, lo que le corresponde. Se le hace suyo lo que no es del Otro. El análisis es como el teatro, el personaje que va al analista no es el mismo que el sujeto. La persona que va a quejarse de la obra producida es distinta al autor que se puede leer en la obra misma. Entonces, el analista tiene dos funciones: hacer aparecer el autor y defenderlo del cierre. El autor va a decir finalmente: fui el autor de esta obra (Chamorro, 2011).

Se subraya un significante y el sujeto dice “yo lo asocio con esto”, el analista repite el significante, “y esto tiene que ver con mi papá”, el analista repite, “y no lo deja al sujeto -no a la persona- desplazarse de eso” (p. 45), “insiste, siempre hay que insistir. No hay interpretación que entre de primera, tiene que entrar, por lo menos, de segunda” (p. 105). No entra de primera porque se trata de lo que no se quiere saber, de lo que constituye a la división y al síntoma. No entra de primera porque rodea la zona de lo que sirve para nada, el goce (Lacan, 2008b). Supongamos que alguien le pregunta a esta paciente “¿y qué te dijo tu analista?” y ella dice “y me dijo “atajan”, terminé hablando de eso, qué sé yo las tonterías que hablo en sesión, hasta me da vergüenza contarle”, ese alguien diría “¡pero, ¿para qué te sirve eso?!”. Efectivamente, sirve para nada. La interpretación apunta a lo que sirve para nada, a lo que no se puede aplicar para otro sujeto, porque vale solo para ese sujeto. De ahí que la interpretación es un arte.

Otro ejemplo. Un hombre con un conflicto con su mujer, en una discusión le dice a su mujer que, por algún gesto de ella y porque no besa, es una prostituta y por eso él se retira de la casa. Se va a la casa de la madre, allí se toma unas cervezas y después vuelve borracho a la casa de su mujer, la prostituta. Ese hombre va a la consulta diciendo: "Tengo un conflicto con mi mujer". El analista dice: "El conflicto es con prostituta". “Él significó a la mujer por no sé qué tontería, prostituta. [...] es

un delirio que le encajó a un conflicto familiar" (Chamorro, 2011, p. 126). El analista no le dice: "Mm, su mujer es difícil, creo que no le conviene". No responde a la demanda del paciente de hablar sobre su mujer, sino que convierte la demanda en un síntoma para el sujeto, lo confronta con el significante "prostituta", que es propio de su fantasma inconsciente. Puntúa prostituta y con eso desplaza el conflicto que el paciente dice que es con su mujer, lo desplaza hacia otro lugar que le concierne al sujeto, en este caso con la prostituta que hay en su casa. Y por más que se quiera corregir, el analista seguirá insistiendo en la prostituta que rechaza, y en la madre a la que acude desesperado. "Recuerden que toda interpretación que no produce este primer efecto de división no es una interpretación. La interpretación siempre tiene que terminar en este desplazamiento de tema por lo menos" (p. 106). "Esta interpretación interviene sobre el eje de la significación, cambiando la dirección del sentido propuesto por el paciente" (Silvestri, 1999, p. 23).

Esto es producir sujeto, producir un síntoma analítico, que nada tiene que ver con el síntoma por el cual viene a hablar. "El síntoma analítico es un síntoma de discurso, es una parte del discurso que queda localizado por el recorte que fue tomado por el analista" (p. 65), "es un significante que toma consistencia" (p. 202) porque se descontextualiza y ahí le concierne al sujeto, como "trabajador", "atajan", "prostituta", y eso no está en los libros, nadie te enseña eso. Lo que permite la producción del síntoma analítico es que la persona pueda tomar posición al respecto.

El inconsciente, dice Lacan (2013), pide por boca del analista que vuelvan a abrir los postigos. Pide apertura. La persona se mirará con ese significante o esa frase de la puntuación, iluminará su malestar, desde diversos ángulos, lo incorpora a su vida, se va implicando en ello, mientras va debilitando esa identificación, un trabajo que requiere tiempo para, finalmente, dejar caer esa identificación. Esto es dividir, entre lo que piensa y lo que sabe, entre lo que dijo y lo que quiere decir, la puntuación afortunada evoca ese espacio, entre sujeto e inconsciente. Dice Lacan:

Así, es una puntuación afortunada la que da su sentido al discurso del sujeto. Por eso la suspensión de la sesión de la que la técnica actual hace un alto puramente cronométrico, y como tal indiferente a la trama del discurso, desempeña en él un papel de escansión que tiene todo el valor de una intervención para precipitar los momentos concluyentes. (2009a, p. 245).

Puntuación, no tibieza. La interpretación no es tibia (Miller, 1998b), es "la intrusión brusca de un significante cuya consecuencia es la producción de un relámpago en el nivel de la significación que produce una detención, un punto de capitón a esta metonimia de la falta en ser" (Brodsky, 2015, p. 21). Introduce una ambigüedad intencional, que impida el cierre de la forma metafórica que sostiene al síntoma. No significa que el analista no hable y que el paciente haga catarsis, haga descarga abreactiva de la emoción. Si no hay acto del analista la cura es dirigida por la locura de los pacientes. El analista tiene que actuar, esto es, tiene que interpretar. Sino, el paciente se va y sigue con los síntomas. No se trata solamente de que hable y asocie. El analista debe intervenir sobre esa cadena de significantes. No alcanza con la interpretación del inconsciente, sino que tiene que haber acto que interprete esa interpretación.

Es la presencia del Otro, por eso es invasiva, introduciendo un enigma al sujeto, que no viene del parecer de la persona del analista, no es "me parece que usted trabaja mucho", no se trata de un intercambio de opiniones. Si quien se analiza es un sujeto obsesivo va a responder, y con toda razón, "pero, a mí no me parece". Si el analista habla de más, destituye nada, entrega consistencia y la entrada en análisis, del sujeto responsable de lo que le pasa, se demora. Si el analista dice "nos vemos la próxima", el paciente bien podría responder "si usted quiere mostrarse, nos vemos". Cuando el analista empieza a encadenar palabras, asocia, y ahí se le escapan sus propios fantasmas. Sin fantasma es sin juicios, sin prejuicios (Chamorro, 2011; 2018). Por eso el analista restringe sus palabras, tiene que cuidar sus palabras. Las palabras tienen peso, no puede lanzarlas sin calcularlas, no está en una conversación de dos personas (Miller, 1996a). Palabra y acto van juntos (Austin, 1955). El acto es como el suicidio, no hay retorno. "Palabra dicha, marca producida" (Chamorro, 2011, p. 34). El análisis no es una discusión, un debate entre dos, "buscamos que la interpretación analítica no sea un parecer, sino que tome la forma de una afirmación" (Chamorro, 2011, p. 36). Tiene que ser asertiva, es lo que Lacan (2012a) intentaba decir con apofántica.

Lacan toma lo apofántico de Aristóteles (Miller, 2018). “En Aristóteles, lo apofántico atañe a la teoría de las proporciones en tanto enunciados sobre los que podemos decir que son verdaderos o falsos” (2016, p. 57). “La interpretación es siempre verdadera” (p. 58; Zack, 2005). Esto no significa que pretende tener la razón. Significa que es la formulación asertiva de un *Hay*. Invade con eso. Es una voz que se distancia de la persona que la dice, no se sabe quién está hablando, quién está interviniendo, es sin referente: “atajan”. No se sabe qué quiere decir y deja en suspenso al sujeto. El analista tiene que soportar ese enigma, y para eso tiene que estar advertido de su propia castración.

Lacan (2009g) describe lo enigmático con la paciente que, en el pasillo de una clínica, se cruza con un hombre y le dice: “Vengo del fiambrero”. No le dice: “Hola señor, ¿qué tal? Me llamo María, justo venía de afuera, porque me fui a la fiambrería a comprar algo para comer, estoy con hambre. Y ¿usted?” No. Le dice: “Vengo del fiambrero”. Así, a secas, sin ficcionar. Una frase que sale como el automatismo en la paranoia, en forma de un saber, no hay un correlato, no indica referente, no indica quién está hablando y cómo articula esa frase, sino que irrumpe desde el vacío, desde un sujeto sin anclajes, hay una indeterminación subjetiva, es el sujeto sin determinación, y por eso tiene efecto de perplejidad (Zlotnik, cit. Chamorro, 2011). En la neurosis, lo inconsciente tiene que cubrir al sujeto, tiene que interpretar algo. La interpretación analítica señala ese recubrimiento para desarticular el referente y producir ese saber propio del sujeto. Así, Lacan presenta la alucinación verbal emparentada con la interpretación del analista en las neurosis. No en la psicosis, porque de enigma, y de no haber construido su propia significación, el sujeto psicótico ya tiene suficiente.

En 1958 Lacan escribe “La dirección de la cura y los principios de su poder”. El analista tiene un poder, que no debe ejercer, dado por el uso de la función del significante. No se trata de convencer al psicoanalizante de la interpretación majestuosa que ha inteligido el analista, no se trata de una explicación por la teoría a la cual el psicoanalizante debe remitirse y adaptarse a las traducciones que el analista conoce. Eso, dice Lacan, sería hacer uso de los poderes psicologizantes de la posición de saber que la transferencia le otorga al analista en la cura. No se trata de conseguir el asentimiento del psicoanalizante, de que confirme lo bien fundada que está una interpretación, de que afirme que ha comprendido, eso es hablarle al yo. Lo único que produce una interpretación así es resistencia. “Así es como la teoría traduce la manera en que la resistencia es engendrada en la práctica. Es también lo que queremos dar a entender cuando decimos que no hay otra resistencia al análisis, sino la del analista mismo” (Lacan, 2009b, p. 568). La resistencia del analista a conducir la cura más allá de sus propios puntos de real no sabidos, más allá de los límites conocidos.

Pero éste es solamente el efecto de las pasiones del analista: su temor que no es del error, sino de la ignorancia, su gusto que no es de satisfacer, sino de no decepcionar, su necesidad que no es de gobernar, sino de estar por encima. (p. 569).

La resistencia entonces no es del paciente, como se supo entender luego de Freud, sino del analista, que ha quedado detenido en su propio análisis. Lo grave de esto, dice Lacan, es que el analista se estaría ubicando como el ideal al cual su psicoanalizante debería adecuarse y no se introduce una terceridad que intervenga sobre la relación dual (de yo a yo). Como dice Lacan, [...] “se trata de las consecuencias de la relación dual, si el terapeuta no la supera, y ¿cómo la superaría si hace de ella el ideal de su acción?” (p. 569).

Lacan (2013) dice que la transferencia no va ligada a la resistencia. La resistencia es la parte imaginaria de la transferencia. Cuando el análisis se interrumpe es porque el analista está detenido en la resistencia imaginaria. Es la transferencia que se refiere al semejante, al yo del analista, que es cuando se pone como sujeto y entra a analizar lo que el paciente le hizo sentir, entra a luchar con sí mismo, con sus propias resistencias. El analista más vale que esté como sujeto en otro lado, dice Lacan, con lo que subraya la importancia de que el practicante se mantenga en análisis para que no ejerza el poder. Si lo ejerce, la interpretación comunicará al analizante el saber del psicoanálisis y eso será una lección universitaria. Una interpretación bajo ese modo no puede producir otra cosa que resistencias. Por eso, los analistas de IPA fueron los primeros en teorizar acerca de

la contratransferencia y la resistencia del Yo. Para Lacan, esta resistencia se trata del esfuerzo del paciente por realizar un análisis, en vez de ser adoctrinado.

Esto no significa, dice Miller (1984), que el analista no tiene que intervenir de modo firme, porque ocupa un lugar de A mayúscula, pero no es un A que decide el sentido de lo que se dijo, no es un A donde el sujeto va a buscar la garantía de su significantes. La interpretación no significa que ocupa una posición sugestiva, no es posición de superyó, de imperativo, de "usted debe hacer esto". El analizante a nadie puede apelar para dar sentido a lo que dijo nada más que a su propio sujeto, por ende el analista hace que quien se analiza se pueda encontrar en soledad con su propia causa.

En la "Dirección de la cura..." Lacan (2009b) va diciendo todo lo que no conviene para la práctica mientras apunta a cómo actúa el analista. No apunta al analizante, no es un texto que hable de estructuras clínicas, ni de cosas que le pasen al analizante, sino que habla de lo que hacen los analistas. Así, la pregunta que Lacan se hace y que no está formulada en este texto, podría ser: "¿cómo actúa cada uno de ustedes con su propio ser cuando están en la posición de dirigir una cura?" (Brodsky, 2015, p. 29). Es un texto que pone en el banquillo al analista respecto de qué cosa hace y cómo lo hace. De ahí que toma términos que se relacionan a cómo se dirige una acción, términos tomados del teórico de la guerra Clausewitz: táctica, estrategia y política. Lacan está poniendo a la cura en los términos de la guerra. En la guerra hay una dirección, hay que utilizar en el combate las fuerzas militares de que se dispone para lograr el objetivo. La táctica, que Lacan alinea a la interpretación, es la utilización de esas fuerzas en el combate.

Lacan realiza una crítica a los psicoanalistas del momento que desconocieron "la relación que liga al sujeto con el significante, aquella que Freud no se cansa de demostrar a través del análisis de las formaciones del inconsciente, y es que este tiene la estructura radical del lenguaje" (Morales, 1996, p. 68). Si van a tomar al inconsciente del lado de la ciencia, como objeto material, verificable, y no como un lenguaje que se asienta sobre la marca primordial del sujeto, se les va a escapar su naturaleza y no van a hallar el lugar de la interpretación. Para Lacan el lugar de la interpretación es el punto donde el sujeto es subordinado al significante. Debe puntuar la determinación significativa del sujeto. Tiene que poner al sujeto que habla en relación con ese decir que lo determina que es el significante. Si esto se consigue, la interpretación, dice Lacan, va a introducir algo nuevo.

Por eso, esta primera doctrina distingue lo que es palabra vacía -palabra de relleno, que desborda, que redundante, que abunda, que dice nada- y palabra plena -en la que se puede ubicar el efecto de punto de almohadillado-. La puntuación divide al sujeto al poner en juego la otra cosa que el yo no quería decir y desplaza al sujeto hacia lo que Lacan (2009a) llamó palabra plena.

[...] cuando la cuestión del sujeto ha tomado la forma de la verdadera palabra, la sancionamos con nuestra respuesta, pero también hemos mostrado que una verdadera palabra contiene ya su respuesta y que no hacemos sino redoblar con nuestro *lay* su antífona. ¿Qué significa esto, sino que no hacemos otra cosa que dar a la palabra del sujeto su puntuación dialéctica? (p. 297-298).

El punto donde lo inconsciente interpretó al sujeto no puede pasar sin pena ni gloria. El analista agarra eso de la punta de la lengua, tira, hasta hacerle decir todo lo que el sujeto no sabía y se acaba de enterar de su relación con ese significante especial que el Yo no quiso decir. Así, la dirección de la interpretación se asienta en el S1 (significante amo). Por ejemplo, el analista te da "Me", si eres futbolero dirás "Messi", si eres oficinista dirás "Mesa", si eres economista dirás "Mercado". El analizante tiene que poner su parte. Le enviamos el enigma y buscamos que interprete, que le ponga cosas a eso, que se mueva con eso, que le dé consistencia de curación. "Le tiramos un grano de arroz y que él haga paella con eso, a eso llamamos analizante, al que trabaja de ese modo (Chamorro, 2011, p. 211).

Que la interpretación se apoye en la función del significante no significa que el analista recorte cualquier palabra que trajo el paciente y lo invite a asociar sin ton ni son. No todo es digno de interpretación analítica, puesto que el inconsciente no se realiza en todo lo que el paciente dice. Como dice Chamorro (2011), cuando el analista no puede leer lo que es necesario que

se lea, lo que responde es el acting out. Si no se respeta al amo, que es el inconsciente, el paciente te lo hace saber. El acting out llama a la interpretación que no estuvo, pone out al analista, el acting interpreta que estuvo fuera el analista.

Es falso, por consiguiente, que la interpretación esté abierta a todos los sentidos so pretexto de que se trata sólo del vínculo de un significante con otro significante y, por tanto, de un vínculo sin pie ni cabeza. Sería hacer una concesión a los que claman contra el carácter incierto de la interpretación analítica el decir que, en efecto, todas las interpretaciones son posibles, lo cual es enteramente absurdo. Que el efecto de la interpretación sea aislar en el sujeto un hueso, [...] de non-sense, no implica que la interpretación misma sea un sin-sentido. [...] La interpretación es una significación que no es una significación cualquiera. (Lacan, 2013, p. 258).

El analista señala, entre los enredos del sentido, una interpretación, no todas a la vez. No puede decir lo que su voluntad indique, no puede decir lo que quiera, porque depende del inconsciente del analizante, por eso Lacan (2009b) dice que el analista es el único amo en el barco después de Dios, y con Dios se refiere al inconsciente del analizante. Primero Dios, después el analista. Primero la interpretación del inconsciente del analizante, después la interpretación del analista. Tiene una sombra de sentido, le da al sujeto, mínimamente, el vector sobre el cual debe seguir su argumento. “No se trata del grado cero del sentido, es preciso que haya un mínimo, pero que haya, de modo que el sujeto tenga el vector situado en relación al cual calcular su ángulo” (Miller, 1996c, p. 42).

El sentido de la interpretación es enigmático, es un medio-decir, hace signos de que un decir se aísla de lo dicho, y por eso “no debe ser fijado, a fin de que opere como significante sobre la palabra del paciente” (Miller, 1984, p. 163). Hacer signos es caer entre la relación de enunciado 1 (premisa antecedente, causa) y enunciado 2 (premisa consecuente, efectos). Si jugara sobre el enunciado 2, descifraría al enunciado 1 en el encadenamiento discursivo, y caería en el lugar de la falta, de lo incompleto, de lo que hace síntoma. En cambio, si cae entre, desarticula causa y efecto. Si la causa quede suspendida se desarticula el sentido. La causa queda libre de encadenamiento (Miller, 2016). Esto es la perspectiva oracular de la interpretación (Lacan, 2012b; Assef, 2018).

Por eso, la interpretación psicoanalítica no es completa. Si dijera la verdad, diría más de lo que cree, diría al margen, pues “quien quiere decir todo, decir con justeza, dice otra cosa, dice al margen” (Miller, 2015, p. 234). La interpretación analítica “incluye un vacío” (Chamorro, 2011, p. 170), evoca cierta incompletud para que esta se realice a posteriori, para que pueda dar “lugar a los restos con que es posible construir. Es el producto de la irrealización del referente, llámese fantasma [...]” (1999, p. 126).

Por eso el corte de sesión es incompatible con hacer una devolución al final. Hay pacientes que le piden al analista que repita, que no entendió, que si le puede explicar. Si el analista explica, ¿cómo el sujeto reconstituirá lo que corresponde a su causa si no intenta interpretar lo que el analista habría podido decirle? Finalmente, el analizante que es permeable a esto, enseña más que lo que el analista habría podido explicarle.

En idioma freudiano: alguien habla, pero mientras se tenga algo reprimido, se pueden decir infinidad de cosas, sin decir lo que está reprimido. La puntuación vuelve todo hacia atrás, hace que lo reprimido deje de estar reprimido, y produce una deflación fálica, porque las producciones del paciente se sostenían en un significante que no estaba en el relato (Aramburu, 2000). La puntuación levanta el velo del significado, y pone al sujeto cerca de su deseo, cerca porque el significado quedará siempre discordante respecto del sujeto. Cuando se descubre ese decir se empiezan a desinflar las formaciones sintomáticas (Miller, 2006).

Ya no se puede seguir fantaseando con un Otro consistente que quiere algo de mí, que me quiere comer, me quiere cagar, y me quejo de eso. Si el paciente sueña con no ser responsable de su propio real, el analista despierta al sujeto que se queja de la consistencia que su fantasía, a la que se mantiene atado, tiene en el devenir de su sufrimiento (Miller, 1996c).

La tesis de Lacan de que el inconsciente es un agente que ya interpreta es la clave de esta primera doctrina de la interpretación. ¿Por qué Lacan no ubica la interpretación, instrumento decisivo del psicoanalista, entre los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis? Porque está incluida en el inconsciente (Miller, 1996b; Berkoff, 2021b). El deseo y su

interpretación, título del Seminario 6, significa que el deseo es interpretado por el inconsciente, deseo inconsciente, la interpretación es el inconsciente. Con esto Lacan da un paso más que Freud. Lo introduce con la noción de inconsciente intérprete. "La interpretación del analista recubre simplemente el hecho de que ya el inconsciente - si es lo que yo digo, a saber, juego del significante- en sus formaciones - sueño, lapsus, chiste o síntoma- procede mediante la interpretación" (Lacan, 2013, p. 136).

Es el inconsciente que amamos, el del lapsus, el del sueño. Si el inconsciente interpreta respecto del goce, el analista debe renunciar a poner narcisismo. Por eso, su interpretación viene en segundo lugar, después de la del inconsciente. El analista toma el relevo de la interpretación del inconsciente del analizante, no hace otra cosa que lo que hace el inconsciente, se inscribe a continuación suyo, "sólo hace pasar la interpretación del estado salvaje, en el que se demuestra que está en el inconsciente, al estado razonado al que intenta llevarla" (Miller, 1996b, p. 8). Intenta llevarla a un estado razonado, del que el sujeto pueda disponer. Que sepa qué cosa su inconsciente ha interpretado que el Otro quiere de sí, a qué significante ha quedado sujetado. "Es reconducir al sujeto a los significantes propiamente elementales sobre los que, en su neurosis, ha delirado" (p. 11).

Entonces, la interpretación en esta primera doctrina consiste en retener el S2, no añadirlo, con los fines de cernir S1, y que quede libre para otra significación. Se trata de la cura por el sentido. Esta cura por el sentido no es algo que debamos olvidar. Al inicio de un análisis tenemos que generar nuevos sentidos para que el paciente crea en el inconsciente, confíe en que su inconsciente le está haciendo decir algo, y se vuelva analizante. Para que el paciente pueda crear el sujeto supuesto saber porque es él mismo que descubre el saber no sabido que impera en él.

Segunda doctrina de la interpretación

La tesis de Miller (1996a, 1996b) de que la interpretación del analista va en contra de la que ya hizo el inconsciente es el principio de esta segunda doctrina de la interpretación. Si la interpretación en la primera doctrina es asociación, en la segunda es disociación (Miller, 1998b). Si el inconsciente interpreta y el analista tiene que aprender ese modo de interpretar estaría haciendo discurso del amo entonces el objeto *a* que se produce no llega al lugar de la verdad. Es decir, la interpretación no llega al goce del sujeto.

En el discurso analítico, el analista está posicionado desde el objeto *a*, para mover al sujeto a producir los S1 imposibles de concatenarse con S2. El goce será lo que comanda el discurso que pasa por el Otro para encontrarse con su propia división y producir los significantes amo que irán cayendo, las identificaciones a las que el sujeto se aferraba, los significantes a los que se mantenía sujetado se irán desprendiendo hasta que lo que queda en el lugar de la verdad es el saber. El analista va conduciendo para que "el analizante pueda cercar lo que queda fuera de discurso, los nombres de su goce particular, lo no interpretable de las vueltas dichas" (Cavallero, 2000, p. 33-34).

Así, el discurso analítico, decía Lacan (2008a), es el reverso del amo, o bien el discurso del amo es el reverso del psicoanálisis, título del Seminario 17. El amo es el inconsciente. Lo que comanda al discurso del inconsciente, lo que hace que el sujeto eche a rodar la palabra, lo que agencia el discurso del paciente, es el significante amo, que se dirige al Otro para obtener un saber sobre qué cosa es en el mundo, para producir el saber sobre su determinación subjetiva. Le pide al Otro el saber sobre su sujeto, y lo que obtiene es un saber que no es propio. No quiere saber lo que está en el lugar de la verdad. El inconsciente, mientras crea sentido, nada quiere saber sobre su propia división. Entonces, ya no se va a tratar de crear nuevos sentidos, sino de ir en contra, de reducir hasta el mínimo átomo de cifra oculta, de un rebajamiento significativo que hace de lo real la orientación de la interpretación que apunta a una opacidad irreductible de la relación del sujeto con el lenguaje (Miller, 1996b).

Lacan (2008b) dice que el lenguaje es una elucubración de saber sobre la lengua. O sea la lengua no está en la estructura del lenguaje, no está en la ficción del inconsciente. El inconsciente se monta sobre el integral de los equívocos, sobre el enjambre de los S1 solos, que no se toca con el inconsciente. Se trata de integrarle, pero no con el significante (Miller, 1996b), porque va más allá del inconsciente. Veamos una intervención de Lacan a una analizante de él, Susamme Hommel. Lo cuenta Brodsky (2015):

Ella esta en el diván, estuvo en los campos de concentración, y le cuenta a Lacan, su analista, que todas las noches a las cinco de la mañana se despierta. Lacan le pregunta con qué asocia eso y ella le responde: “es la hora en la que la GESTAPO venía a buscar a los judíos”. Susanne Hommel habla en francés, y en esta lengua la palabra Gestapo es homófona a geste-à-peau (gesto en la piel). Lo que me sorprende es la respuesta de Lacan: se levanta, se acerca al diván y le hace una caricia en la mejilla. (p. 26).

¿Será introducir algo de amor en donde hubo violencia? ¿Será el amor de la interpretación el revés de la violencia inconsciente? Lo cierto es que hay algo de la interpretación que, para Lacan, va más allá del significante. Y es por esto que una interpretación no es la misma para todos. Nada en la práctica analítica lacaniana está estandarizado.

Ya no es un significante que se suma a la cadena, sino que es un puro sin sentido, que no quiere decir que no tenga sentido, sino que se lo reduce hasta hacerlo éxtimo a la cadena, ahí está su relación con lo real. Esta interpretación es un significante "como uno del cual no hay significado y en lo tocante al sentido simboliza su fracaso" (p. 27). Por supuesto, primero viene la interpretación del inconsciente, primero hay que saber sobre el inconsciente. Para que las historias se puedan acortar a una letra de goce, para que el despertar acontezca por la vía de la reducción operada por el trabajo analítico a una única repetición, son necesarias muchas historias, hacen falta las vueltas dichas (Berkoff, 2021a). A veces se está largo tiempo en análisis hablando de la forma de gozar que, una vez leída, va perdiendo su fijeza, hasta la reducción última. Este es el entramado entre ambas doctrinas.

Se trata de inspirarle al analizante el duro deseo de despertar de ese sueño que es seguir siendo un buen paciente que a todo le da sentido, de ir en contra de que el inconsciente quiera dar sentido a todo. "La palabra no toca lo real -verdadero agujero- sino al perder toda significación" (Kruger, 2000, p. 52). Por eso la interpretación en esta segunda doctrina va al revés de la que hizo el inconsciente (Miller, 1984; Aspartín, 2015), "va contra la asociación y el goce que de ella se obtiene" (Brodsky, 1995, p. 24), "destituye la palabra que da consistencia al ser del Otro, del discurso del amo" (Aramburu, 2000, p. 56).

Por ejemplo, una paciente de Schejtman (2005), mujer empresaria, de negocios, soltera, que llega al consultorio, un día de lluvia, envuelta en un piloto de estilo masculino y casi sin poder soltar su maletín, a contar sus dificultades con los hombres. Ella se mueve en un mundo de varones, su hábitat natural son las oficinas, y allí por lo general los conoce. Los hombres con los que se relaciona son siempre jóvenes, más jóvenes que ella y con recursos económicos menores a los de ella. Eso, según dice, la conduce a tener que mantenerlos. "Soy -asegura con tristeza- una vieja mantiene-pendex" (p. 112). Su tristeza es que vuelve a toparse tras cada encuentro amoroso con esta condición en su partenaire: que le saque algo de dinero. Elige hombres que le saquen algo de dinero y ese es su síntoma. Se angustia diciendo que solo la quieren por su dinero y ella, que es una mujer de negocios, acepta esta condición a cambio de amor. "¿Quieren su dinero? Pues bien, ella quiere que la amen" (p. 112). Síntoma que ella sostiene justificando que en esta época todo se compra y se vende. Habían acordado que abonaría sus sesiones de manera mensual. Sin embargo, llegado el día en que debía realizar su pago, ella, tan desbordante de dinero que decía estar, pagaba todas menos una o dos, que se acumulaban a las del siguiente mes. Y así, esto se fue repitiendo mes a mes. Dejando impagas estas sesiones, dejaba un Otro acreedor, mientras ella se aseguraba la ubicación del analista entre los jóvenes que se interesaban por su dinero, que ella retenía. De esta manera, obligaba a que el Otro se le meta entre sus billetes. "Era notorio su afán por desconocer las ocasiones en que era deseada, más allá de su billetera" (p. 113). En una de esas oportunidades en que ella debía realizar su pago mensual y reiterándose aquel expediente de pagar todas las entrevistas menos una, el analista interviene: "esta sesión no deberá abonarla". Extrae del sujeto su codiciado saldo deudor, separa al sujeto de su forma de gozar. Esto provoca, de inmediato, la irrupción de un discurso de la paciente en el cual reivindica su obligación de pago sin excepción, argumentando lo perjudicial que puede ser para la economía del analista y para su alimentación si ella dejaba de pagar, con tono de enfado hasta que un lapsus la interrumpe: "Pero, ¿¿por qué no te puedo pegar esa sesión?!" El analista interviene: "¿Pegar?" y corta la sesión. A la semana siguiente trae dos producciones conectadas a lo ocurrido en el lapsus anterior. La primera producción, un sueño, donde choca con un hombre, siente escalofrío y se despierta angustiada. Cuando lo relata, dice que ahora mismo está sintiendo ese escalofrío, y que ese hombre

bien podría ser su analista. El sueño indica que la significación rutinaria, repetitiva, de goce, ha sido cortada por la intervención del analista. Es como si se preguntara "Si no me quiere por mi dinero, ¿qué me quiere?". Surge la angustia. En esos días le pasó de sentirse fría con los hombres, como nunca le había pasado, y lo asocia con este escalofrío. La segunda producción, el recuerdo infantil de que ella le propinaba verdaderas palizas a su hermano menor, sustituido, luego, por todos los hombres jóvenes que "cobran". Transcurriendo su análisis recuerda que de niña tenía problemas con los dientes y dice: "Ahora tengo dos fundas que se mueven, pero se ve que eso no me pudieron pegar bien la pieza provisoria. Me vuelve loca eso" (p. 116). El analista interviene: "Que no me pudieron pegar bien". Asocia inmediatamente con el accidente automovilístico que sufrió esa semana, donde su vehículo "quedó todo golpeado". Y dice: "me chocaron, un bestia, me pegó tal golpe que me dio vuelta el auto". El analista interviene: "Me pegó tal golpe que me dio vuelta". La paciente, luego de un silencio, dice que se quedó callada por vergüenza, pero que hay cosas que no contó. Abre las fantasías masturbatorias de una niña -que no es ella- desnuda en la bañera golpeada por su padre y excitándose de eso. Y dice: "Algo en mí quiere un poco de violencia". Comienza a revelar su posición masoquista en el fantasma inconsciente, la posición de ser ella la que cobra, que es la inversión de aquella posición de ser la que pega-paga. Empieza a ubicar que los hombres que elige son pegadores, arremetedores, atropelladores, como el que la chocó en el accidente, ahora ella cobra. Su discurso se interrumpe con otro lapsus, dice "tengo que cobrar" a los hombres, pero quiso decir "tengo que pagar". El analista corta la sesión.

Esta interpretación no puede hacerse de entrada porque sin el sentido no se produciría la transferencia, el inconsciente transferencial necesario para iniciar el análisis. El analista tiene que hacer de tonto por un buen tiempo (Miller, 2006). Lleva tiempo conocer la manera en que lo inconsciente interpreta, lleva tiempo aprender a hablar la lengua del Otro, en ese tiempo está indicado entender, al menos, la semántica de cada historia que, finalmente, revelará siempre el mismo lugar en el que el sujeto tiene que estar.

Otro ejemplo, una paciente de Yurevich (1996), que se queja de que le toca el lugar de decidir por su padre, de ser la que toma las decisiones que el padre no toma y dice: "yo siempre elijo para mi padre". La analista interviene: "Yo siempre elijo para mi padre", separando en sílabas, introduciendo una discontinuidad (Miller, 1998b). Lo que resuena rompe el cristal y envía al sujeto a hacerse cargo de su modo repetido de sufrir. Dice Lacan en 1977: "El analista, él, zanja (tranche). Lo que dice es corte, es decir participa de la escritura [...]" (cit. Aramburu, 2000, p. 39). Que el analista participa de la escritura significa que toma el discurso del analizante como un texto donde puntúa su ortografía para promover una nueva escritura (Miller, 2018).

Otra paciente, de Dargentón (1996), una niña asmática y adoptada, llega llorando al consultorio de su analista abrazada a su padre quien dice en el pasillo: "Estamos en pleno ataque, se la dejo". Trae en su mano un juego de naipes que se llama "El juego de la verdad". Apenas respiraba, sin poder hablar, tiende su mano a la analista. La analista se la da y le dice: quiero escuchar lo que estás sintiendo en tu cuerpo. La paciente de manera entrecortada dice: "No sé qué decirte, yo quería venir así, pero no quiero pensar porque no quiero saber qué es lo que pasa porque eso me daña" (p. 158). La analista le pide que lo intente. La paciente dice: "Es como una papa en la garganta, una mano que me tapa la garganta". La analista interviene: "Mamá y papá en la garganta". La paciente sonrío y dice: "Son unos microbios malos que se meten en la sangre, yo siempre le digo a mi papá: nosotros, ¿tenemos la misma sangre? Y vos, ¿qué sangre tenes Gabi?" La analista corta la sesión. Poco tiempo después el padre cuenta que sus ataques han cedido, que el médico le ha quitado la medicación y que la niña ha empezado a plantearle preguntas al padre.

Para que pueda moverse algo del goce es preciso que se haga sonar algo de lalangué, y que su efecto de sonoridad toque el cuerpo, a partir de la función de lo escrito, articulando inconsciente y pulsión. La interpretación analítica de esta segunda doctrina hace sonar esos S1, hace sonar el sin sentido del significante Uno, el enjambre de sonidos, que han constituido las marcas primordiales anteriores al inicio del lenguaje. Pone al sujeto ante el momento de impacto entre el cuerpo y lalangué, es decir lo enfrenta ante el trauma, anterior a la creación de la ficción. Es un momento de shock, que un analista prudente debe saber razonar y calcular oportunamente cuando un analizante estará dispuesto a tolerar algo de esa conmoción. No hay que ir con instrumentos torpes, y a menudo es mejor callarse, decía Lacan (Berkoff, 2021b).

Otra paciente, de Paulozky (1996), sufría de ser fría, de ser dura, como una roca, en el amor, y tenía esta modalidad de repetición, a la vez que se creía una mujer omnipotente que podía darle a cada uno lo que le faltaba, una imagen de todopoderosa, que salvaba al hombre. En una sesión, se queja diciendo: "Soy el hada en su vida". La analista interviene: "Usted, helada". Por equívoco ortográfico, intenta movilizar al goce prisionero. Es el intento de caer al lado de, de hacer cosquillas al objeto en relación con el sujeto. "Lo que el analista sabe, es que él no habla, sino al lado de lo verdadero, porque lo verdadero, él lo ignora" (Lacan, 2018, p. 16). O el ejemplo de la interpretación que Xavier Esqué (2018) nunca se olvidó de su experiencia analítica: "hay que pasar del es que al sé que", que apuntó a la opacidad del goce, conmoviendo su posición y tocando al inconsciente real corporal, al cuerpo hablante, para que finalmente quede el "que", intrusión de la lengua en el cuerpo.

En 1972, Lacan vuelve a la teoría que había tomado de la lingüística respecto de la diferencia entre enunciación y enunciado que trabajó en el Seminario 17, pero la actualiza en razón de dos términos nuevos, decir y dicho. "Que se diga queda olvidado tras lo que se dice en lo que oye" (2012a, p. 473). Que se diga es el decir, lo que se oye es el dicho. El decir va junto al dicho, pero el decir se acopla al dicho solo por ex-sistirse. Es como si el decir estuviera por fuera del conjunto de los dichos, el decir escapa al dicho, se aísla del mismo, no se reabsorbe en el dicho y por ello tiene estructura de imposible (Miller, 2016). No podemos conformarnos "con una semántica que cree que el lenguaje sirve para decir lo que es. [...] siempre se habla al margen de lo que debería ser, por lo tanto, todos los dichos son para-dichos. Lo más alejado del paraíso" (Miller, 1984, p. 167).

Como explica Miller (2016), esta renovación de términos dicho y decir es porque la pareja enunciado/enunciación admitía una armonía en la cual un elemento es el complemento del otro. En cambio, dicho y decir no suponen ese acoplamiento, ese apareamiento. Lacan subraya el eclipse del decir tras el dicho. El dicho no está solo, va con el decir, y eso es la interpretación. Hay que recordarlo, dice Lacan, no hay que olvidar el decir. El decir convoca no a la memoria, no a la producción de sentido, sino a la ex-sistencia. No hay que olvidar que, cuando proferimos un dicho, el decir es de estructura no posible de concatenarse. Por eso Lacan empieza diciendo "Que se diga queda olvidado", queda recubierto por el dicho. Cuando la interpretación es el decir, el sujeto la siente en el cuerpo. No es traducción, es lo que no es posible de decir. Y esta es, dice Miller (2016), una regla, si la hubiera: que la interpretación no haga obstáculo a lo que no es posible de decirse.

Lacan (2018) dice que "es el forzamiento por donde un psicoanalista puede hacer sonar otra cosa que el sentido" (p. 19). Sonar, de sonido, de llevar las asociaciones no por la vía de la metáfora, de producción de sentido infinito, porque sería interpretar a la manera del inconsciente y "es quedar al servicio del principio de placer, el principio del análisis interminable" (Miller, 1996b, p. 10). Lo que el analista, por el forzamiento, intenta, es hacer sonar otra cosa que sentido, unificando sentido y sonido, lo que está antes del Otro (Simonetti, 2018). El sujeto ya no está susceptible al Otro porque está con los significantes sin sentido, sin articulación de saber, es como si los significantes que podrían venir al rescate se reabsorbieran en la lengua. Por eso, "al final del análisis uno dice "No hay Otro"" (Chamorro, 2011, p. 101).

El significante no va lejos, es flojo. Mientras está, tapona. Por el contrario, en esta segunda doctrina la interpretación analítica constituye la vía de un verdadero despertar en tanto que alude a lo que está antes de ese momento inaugural del sujeto en su encuentro con el significante. Si hay algo que no puede ser dicho, entonces no puede ser nombrado. "Si el analista guarda silencio es porque ningún predicado conviene a lo real" (Miller, 2018, p. 26). De lo que no se puede hablar, mejor es callar (Wittgenstein, 1922). Como decía Beethoven, no rompas el silencio si no vas a mejorarlo.

El significante adormece por tener ese efecto sugestivo de defensa ante lo real, no es por esa vía que un paciente podrá saber aquello de lo que se defiende. La interpretación, por el contrario, busca franquear el umbral dado por los límites entre los que se asegura la estabilidad de la significación del inconsciente, en la que el sujeto se adormece (Schejtman, 2005). No hay manera de sacar al sujeto de los síntomas si no es sacándolo de su estado de dormir. Dice Lacan (2018):

Un discurso es siempre adormecedor, salvo cuando no se lo comprende -entonces él despierta. [...] El despertar, es lo real bajo su aspecto de imposible, que no se inscribe, sino a la fuerza o por la fuerza -es lo que se llama contra-naturaleza. (p. 18).

Por ejemplo, suena el celular, a veces los pacientes en sesión contestan el teléfono, o suena y el paciente dice "uh, me suena el teléfono, espere doc", no lo apaga, y sigue sonando. Se trata de la intervención del teléfono, que el paciente deja abierto, que quiere contestar, la irrupción de lo extraño, eso es el inconsciente. El paciente habrá querido venir a hablar de sus sueños, de una cosa muy importante que tiene que hablar, pero el teléfono le hace una interferencia, "empieza *ring, ring*, ¿cuál es la interpretación?, *ring, ring*, se terminó la sesión, o sea, es tomando el factor sorpresa imprevisto del inconsciente" (Chamorro, 2011, p. 14). El yo del paciente va a decir "pero, solo fue un error". Como dice Lacan (2012a), la interpretación se toma de los equívocos. Los equívocos son las marcas del mal paso de lo simbólico en su encuentro con lo real, y por eso cierran la repetición. En los equívocos el sujeto es encontrado con el engaño del inconsciente al yo del paciente respecto de la identidad que le da ante el Otro. El analista está para hacer escuchar al yo lo que desconoce. Ese error es el punto para tirar del hilo, es lo que divide al sujeto. Hay que aclarar que no se hace un corte de sesión así a alguien que todavía es un paciente. Aunque podría ser una excelente interpretación, podría generar un rechazo porque estaría cinco años adelantada, ya que una interpretación así sería para alguien que ya está en análisis.

Leamos una anécdota:

Era el tiempo de que no le daba el cuero a Perón para volver, decía Lanusse por televisión. Lanusse va a hacer un homenaje a Sarmiento en Mendoza que se transmite por cadena nacional. Y Lanusse dice por cadena de televisión: "Vengo a rendirle homenaje a Juan Domingo Sarmiento", esto por supuesto pasa por lo que se llama en televisión un furcio. Es decir, un tipo que estaba en dialéctica violenta con Perón, dice "Le vengo a rendir un homenaje a Juan Domingo Perón". Si uno le pregunta, ¿usted le quería rendir un homenaje a Perón?, "Nada que ver, lo odio, lo quiero matar, y si puedo lo mato en serio", pero le rinde homenaje. La división tajante es esta. (Chamorro, 2011, p. 108).

Si hubiera un analista para Lanusse señalaría eso. Como dice Zack (2005), la interpretación que se toma del equívoco "posee la virtud de producir un desequilibrio en la seguridad de la significación en el campo de los dichos y conmover las identificaciones adquiridas" (p. 157). El inconsciente interpreta lo que al sujeto le afecta al cuerpo. Así, el tropiezo concluye una repetición. Ya es un corte en relación al sentido fálico. Es por los equívocos que lo real se hace alcanzar. "El sujeto estaría representado por ese mismo tropiezo" (Morales, 1996, p. 105). El analista se hace portavoz de lo que, en lo dicho, "se malentende la intención de decir" (Chamorro, 2011, p. 192). Se deja malentender, nunca va a rectificarse, nunca va a decir "no, eso no te quise decir". No hay interpretación analítica que no extraiga su eficacia del malentendido (Miller, 1994), en tanto que sitúa ese lugar donde falta el sentido, señalando justamente en qué sitio el discurso mismo se encuentra con un corte.

La interpretación del analista hace semblante de causa del equívoco, hace semblante de las referencias siempre perdidas que las equivocaciones quisieran alcanzar y, por eso, hace presencia de lo imposible. Se sabe que lo imposible es un límite, pero el analista lo encarna con su presencia, haciendo de su interpretación un enigma del encuentro fallido del sujeto con lo real, haciendo presente el límite constante en donde el significante va a fallar en el encuentro con el Otro (Aramburu, 2000), el límite al no diálogo del goce (Miller, 2012b), introduciendo "uno de los nombres de lo real, en tanto que imposible" (Miller, 1987, p. 117; Brodsky, 1995).

El sueño es un tropiezo. En el sueño está la interpretación del inconsciente sobre el sujeto, pero es una interpretación montada sobre el desfase entre lo real y lo simbólico, sobre lo que hizo trauma para el sujeto, sobre la marca de goce. El encuentro fallido con lo real es la causa del sueño. Y ahí el sujeto se despierta. El sueño no alcanzó para velar algo de eso real, emerge

entonces la angustia en estado puro, sin figuración y por eso alguien se despierta. La interpretación analítica es ese despertar. Si el sueño es el intento de dar un sentido al desfase producido por la marca de lo real en lo simbólico, si el sueño intenta dar sentido para seguir durmiendo, para no abandonar el principio de placer, la interpretación es la marca de ese corte a la repetición (Lacan, 1988). El corte señala la "ruptura del sujeto con la cadena de su discurso habitual" (Palomera, 1988, p. 82; Miller, 1996a).

Miller (2015) afirma que el problema de la creación de sentido es que es infinito y que su límite es el goce. Para que haya final tiene que haber un límite, porque sino el análisis queda abierto a la circulación indeterminada del deseo entre los significantes y el horizonte de eso es la falta. "¿Qué hay de la interpretación, en la medida en que se funda en que un significante no cobra su valor sino con respecto a otro? De ello se desprende que es infinita" (p. 232).

Veamos otra viñeta clínica que presenta Furman (2005). Un paciente llama por teléfono al analista para avisar que se va a demorar. Llega apurado y disculpándose. Cuenta que le hicieron una radiografía a su hija, para hacérsela hubo que anestesiarla con una máscara, y como la anestesia no hacía efecto le dejaron la máscara mucho tiempo y quedó con la cara morada. Mientras esperaba que le hicieran el estudio, estaba muy angustiado, pensó que su hija se iba a morir. Entiende que esta es una fantasía absurda, ya que su hija está "naciendo", nota su fallido y corrige, "quise decir creciendo". El analista interviene: "¿naciendo?" El paciente asocia con eso, recuerda a su padre que a pesar de estar muy enfermo del corazón no se cuidaba, y postergaba el hacerse socio de un servicio de ambulancia. Todos notaban que su piel estaba morada por la insuficiencia circulatoria, pero nadie en la familia le dio importancia y su padre murió. El paciente dice que en su trabajo se siente paralizado, se deja estar con las ideas, que hay cosas que las debería haber hecho hace tiempo, su padre estaba tirado en la cama y él tiende a hacer lo mismo. El analista interviene: "Usted, de morado" y corta la sesión. Sesión siguiente el paciente viene diciendo que tomó decisiones, al menos respecto de su trabajo, y que ya no se demoró.

El analista no le dice: "lo que a usted le pasa es que no tiene desarrollada la función tal, de la estructura tal, que descubrió fulano de tal, por eso yo le voy a ayudar a compensar ese déficit, para que se pueda organizar bien y hacer todo lo que quiere hacer" tipo de intervención universitaria porque lo que agencia el discurso es el saber. No le dice: "lo entiendo, créame, es muy angustiante esto que le pasa, cualquier persona en su lugar estaría así angustiado, usted es un ser humano" tipo histérico porque lo que agencia la intervención es el propio sujeto con su barradura. "En el análisis no se trata de participar emocionalmente de las situaciones afectivas del paciente demostrando comprensión o ternura. La demostración de incompreensión frente a los afectos del otro es una posición sumamente importante" (Miller, 2006, p. 52). Tampoco le dice: "¡no hay que demorarse! Eso está mal en esta sociedad. Le traerá problemas de adaptación. Hay que cumplir con los horarios. La próxima debe llegar a tiempo. ¿Quiere que cambiemos el horario así puede llegar más cómodo?" tipo del amo. Le dice: "Usted, esto", se terminó la sesión. No se trata de cortar el diálogo de cualquier forma. Hay que tener tacto también, porque si el corte es inadecuado, puede producir efectos negativos. "Pero, estrictamente hablando, Lacan indica cortar bruscamente el hilo" (Chamorro, 2011, p. 136). Es una indicación del año 1953 que no va a abandonar.

Y es así como cortará bruscamente el hilo en cuanto vea que, por ser tratada con miramientos, la resistencia se inclina a mantener el diálogo al nivel de una conversación en que el sujeto entonces perpetuaría su seducción con su escabullirse. (Lacan, 2009a, p. 281).

Otro paciente, de Carbone (Cit. Chamorro, 2011), intenta angustiar a la analista, busca la división de ella, que se quiebre y que ella le termine diciendo "no lo voy a atender, por las cosas perversas que me cuenta". Pero, no consigue eso, porque la analista no se conmueve con los dichos del paciente. Este paciente pasó por experiencias anteriores de terapia, en las cuales un psicólogo le dijo que no lo iba a atender más, otro lo califica de obsceno. En cambio, esta analista, escucha en una sesión que el paciente se dice a sí mismo "desubicado", y captura eso, afirmativamente, diciéndole "desubicado" y corta la sesión. Primera doctrina. En otra sesión, cuando el paciente le contaba con detalles las cosas sexuales que hacía, la analista interviene

bostezando, el paciente reacciona diciendo “te estoy aburriendo”, y la analista corta la sesión. Segunda doctrina. La analista introduce algo de lo que Lacan (2008a) llama enunciación sin enunciado. Las mejores interpretaciones son las que dicen nada, precisamente porque lo único que importa en un análisis es el decir del analizante. Un gesto, un ruido, algo que introduce un silencio, un acto sin enunciado, incluso en la sala de espera. En efecto, la sesión siguiente el paciente viene a decir que se dio cuenta que él fue desubicado con ella en todo este tiempo, que le sacó lo de ser obsceno, y dice también que el “desubicado” que la analista le marcó no le cayó mal como el “obsceno” que le dijo su anterior psicólogo, porque ese “obsceno” no lo había traído el paciente, entonces le cayó como una opinión de la persona del psicólogo, pero “desubicado” lo trajo él, entonces eso lo nombra. Se trata de la posición de neutralidad del analista, que se ampara, para la interpretación, en el discurso del paciente. “Lacan dice que cuanto menos discurso usamos del paciente más estamos expuestos a usar fantasmas propios” (Chamorro, 2011, p. 142; Miller, 1994). Es preferible que el decir del analista sea cita del discurso del analizante para que sea sin el fantasma del analista, “cuanto más discurso del paciente en la interpretación menos contratransferencia” (Chamorro, 2011, p. 160). Este es el reglamento lacaniano para velar la angustia del analista, “ampararse en el discurso del paciente” (p. 160).

A medida que Lacan avanza en la enseñanza, el poder de lo simbólico va perdiéndose. Lo simbólico embrolla a lo real, lo confunde, lo hace difícil de orientar, lo miente. Lo simbólico, el pensamiento, miente sobre lo real. Por eso, Lacan está interesado cada vez más en desmenuzar lo real, por lo cual lo simbólico será cada vez más un problema. Así, en esta segunda doctrina el pensamiento es debilidad mental, porque miente sobre la verdad, pensar es mentir, por eso pensamiento. “El valor de la interpretación no reside en la significación que propaga, sino que vale en tanto que la agota, la apaga” (Miller, 1984, p. 170). Lacan dirá, verdad mentirosa y ya no le hará falta hablar de sujeto mortificado por el significante. Esto limpia la interpretación de la estafa significante, porque viene a hacer sonar otra cosa que el sentido (Miller, 1996c; Lacan, cit. Aspartín, 2015; Kruger, 2000).

Lacan (2009c) introduce el término goce en 1960. Toda relación con el significante que determina al sujeto implica goce, de lo que afecta al cuerpo, de lo que estremece, de lo que excita, de lo que produce algún registro en el cuerpo. Por eso, inventa el término *parlêtre* para designar el cuerpo que habla, que palpita animado por lo real pulsional. La interpretación, entonces, cambia (Berkoff, 2021b). Ahora, el campo operatorio de la interpretación proscribía que la pulsión quede fuera (Miller, 2012). Se trata de hacer entrar el goce en el arte de la interpretación. No reenvía la elaboración por la vía de la semántica a un punto de almohadillado, al servicio del delirio de significación. No es el nivel del inconsciente transferencial, de la referencia de un significante a otro. La segunda doctrina tiene efecto de perplejidad porque “la relación del significante y del significado no toma forma de inconsciente” (Miller, 1996b, p. 12). “Se seguirá llamando a esta vía interpretación” (p. 11).

Resultados

Toda interpretación que plantea Lacan, en todas sus formas -puntuación, escansión, metáfora, enigmática, oracular, malentendido, apofántica, revés, alusiva, cita, jaculatoria, oracular, evocativa, resonante, invasiva, ex-sistente- aloja un vacío operativo que funciona como causa de la interpretación del analizante, porque si la interpretación es completa le cierra el trabajo al analizante (Chamorro, 2018). El analista puede hablar, pero lo importante es que deje abierto el vacío. Se puede decir mucho alrededor de ese vacío, ser prudente es esto, mantener el agujero, cuidarse de comprender, para permitir que advenga la significación de un analizante. Por eso, “la pasión analítica es la pasión de la ignorancia” (Miller, 2006, p. 56). Esta es la regla principal que resulta de este trabajo.

A modo de comparación resulta que la primera doctrina se puede ubicar entre 1950 y 1969. Está organizada alrededor del significante. La cura es pensada en hacer pasar el goce a lo simbólico (Berkoff, 2021b). El sujeto no se puede fundar en la palabra si la respuesta del Otro no pone su sello sobre lo que ha sido formulado (Miller, 2012). Entre lo simbólico y lo imaginario (Miller, 1984). El analista interpreta y el analizante aportará significaciones en cascada. Habrá que conducirlas, pero es una invitación a nadar en el mar del sentido. Va de S1 a S2. Es continua. Asociativa. Nombra al sujeto con un

significante ordenador. Da una unidad semántica. Miller (2018) indica que no hay que dispensarse de esto, ya que instala una atmósfera interpretativa con la que se inicia un análisis. Pero, una vez develado el misterio del inconsciente, no se acaba el análisis, al contrario, es ahí cuando empieza. Ahí empieza el camino de la segunda doctrina, la que apunta hacia un más allá del inconsciente.

La segunda doctrina se ubica entre los años 1970 y 1981. Está organizada alrededor del goce. Dice Brodsky (2015), no pretende que se nombre la falta en ser, sino que simplemente la alude. Operación reducción, a la letra, al saldo de saber que resta al final del análisis, a lo unívoco, ya no a lo equívoco. Para llegar a lo profundo no hace falta ser complejo. La palabra no tiene la necesidad de una respuesta del Otro, porque en ella misma está la respuesta. Usted lo ha dicho, es la idea de desvalorizar lo que viene del lado del analista, de buscar en la palabra la respuesta del sujeto. Entre lo simbólico y lo real. Apunta a la emergencia del objeto *a*, no al enigma de la significación fálica del neurótico; hace agujero de la hemorragia significante, no a su creación. Va de S2 a S1. Es discontinua. Disociativa. Da una unidad asemántica. Apunta a desnudar el significante Uno, a exponerlo por fuera de la cadena, en su razón de ser goce del *parlêtre*. El concepto de *parlêtre* implica al cuerpo, por lo tanto el analista no hablará, sino por la sonoridad.

Si el inconsciente ya no se considera en su aspecto simbólico, sino hecho de su cara real por los unos sueltos de la lengua, no es posible acceder al inconsciente por la vía del sentido y aquí se plantea un problema. El analista está a nivel del sin sentido, pero también a nivel del sentido. Se sirve del Nombre del Padre, del significado sustituido al sujeto por la vía de significante, pero a condición de no servirse de él, a condición de desarticlarlo, de aislarlo. Es contar con el inconsciente para separarse de él. Ambos niveles son necesarios.

La interpretación alude al cuerpo, a la tripas, pero no puede hacerlo sin la sonoridad del significante. El analista hace una emboscada, promueve el florecimiento, para luego agarrar de una punta y destituirlo. Promueve el pelambre, para agarrar de un hilo y desenredar. Le pone tónico al pelambre, para luego ir depilando. Abre primero y cierra luego, una intervención para abrir y otra para concluir. En psicoanálisis lacaniano siempre “es un trabajo de reducción sistemática de la proliferación de sentido” (Chamorro, 2011, p. 23). Si pudiéramos contabilizar las palabras en una sesión, podríamos decir que surgen cien mil palabras, de las cuales el trabajo de análisis, en cada entrevista, reduce a una, dos o tres. A esto Miller (1998a) llama operación reducción.

En primera doctrina el analista hace una puntuación cuando el sujeto ha llegado a alguna cosa, sin entender demasiado, pero se ha llegado a capturar algo, el analista ahí corta la sesión. Pero, se verifica que la puntuación no siempre vuelve a pensarse, no siempre le queda dando vueltas al paciente, como haciendo olas, precisamente por el aspecto semántico. En cambio, el corte de la segunda doctrina trata de “que el yo no tome la idea de que ha llegado al referente” (Aramburu, 2000, p. 40). Si en el discurso del analista hay una barra de imposibilidad entre S1 y S2 es porque no se apunta al sentido, sino al corte. Por eso la palabra corta, dice Miller (1996a), podría reemplazar muy bien la palabra interpretación.

Conclusión

Se cumple con el objetivo de echar luz sobre la comparación entre dos doctrinas que alojan algunos principios que sostienen a la interpretación en psicoanálisis de orientación lacaniana. Se desprende de tal comparación que la concepción de la interpretación a lo largo de la enseñanza de Lacan, de principio a fin, ha estado atravesada por el término "corta". Por estos principios de la interpretación que Lacan renueva, se concluye que el psicoanálisis se diferencia de otras terapéuticas. El aporte que se destaca de este trabajo es que diferencia, a partir de la táctica de la interpretación, al psicoanálisis de orientación lacaniana de cualquier otra terapia que también opere con el inconsciente. La interpretación es el bisturí del psicoanalista.

Referencias:

- Abello, E. (2001). La sorpresa y la interpretación analítica. En *La práctica del psicoanálisis en el lugar del encuentro*. Córdoba: EOL.
- Aramburu, J. [1994] (2000). *El deseo del analista*. Buenos Aires: Tres Haches.
- Assef, J. (2018). La interpretación lacaniana: medio-decir, poesía, estilo. En *Revista Lacaniana*. (25). EOL. Buenos Aires: Grama.
- Aspartín, R. (2015). Un psicoanalista puede hacer sonar otra cosa que el sentido. En *Revista Lacaniana* (18). Buenos Aires: EOL.
- Austin, J. (1955). *Cómo hacer cosas con palabras*. Chile: Universidad ARCIS.
- Berkoff, M. (2021a). ¿Adónde apunta la interpretación en una cura psicoanalítica? Clase 1. Fundación Causa Clínica. Recuperado 5 de febrero de 2021 de: https://www.youtube.com/watch?v=EF8lx-H_xF0&t=26s
- Berkoff, M. (2021b). ¿Adónde apunta la interpretación en una cura psicoanalítica? Clase 2. Fundación Causa Clínica. Recuperado 10 de febrero de 2021 de: <https://www.youtube.com/watch?v=7YgIUH9yJIY>
- Brodsky, G. (1995). Juego de palabras. En *La interpretación en los casos del psicoanálisis*. Buenos Aires: EOL.
- Brodsky, G. (2015). Seminario clínico: “La dirección de la cura”. En *Resonancias II*. Revista de Psicoanálisis. Publicación del IOM2 Nuevo Cuyo. Buenos Aires: Grama.
- Cavallero, G. (2000). La sesión y el deseo del analista. En *El caldero de la Escuela* (75). Buenos Aires: EOL.
- Chamorro, J. (1999). La interpretación “aísla” y “revela”. En Brodsky, G. (Dir.). *Transferencia e interpretación*. Buenos Aires: EOL.
- Chamorro, J. (2011). *¡Interpretar!* Buenos Aires: Grama.
- Chamorro, J. (2018). El ascetismo de la interpretación. En *Revista Lacaniana*. (25). EOL. Buenos Aires: Grama.
- Dargentón, G. (1996). La interpretación de un mito en el cuerpo. En *La interpretación de Freud a Lacan*. Córdoba: EOL.
- Esqué, X. (2018). Acerca de la interpretación inolvidable. En *Revista Lacaniana*. (25). EOL. Buenos Aires: Grama.
- Furman, M. (2005). La resonancia de un significante. En *Efectos de la experiencia analítica*. Buenos Aires: Grama.
- Garroni, S. (1993). Transferencia e interpretación. En *Revista Correo de la Escuela* (12). Sección Carteles. Publicación de la EOL.
- Greco, G. (2005). Una interpretación freudiana. Entre el saber y el enigma. En *Efectos de la experiencia analítica*. Buenos Aires: Grama.
- Kruger, F. (2000). *Los usos de una práctica*. Buenos Aires: Eolia.
- Lacan, J. [1974] (1988). La tercera. En *Intervenciones y textos 2*. Buenos Aires: Manantial.
- Lacan, J. [1969-1970] (2008a). El Seminario. Libro 17. *El Reverso del Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. [1972-1973] (2008b). El Seminario. Libro 20. *Aun*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. [1953] (2009a). Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis. En *Escritos 1*. Buenos Aires, Argentina: Siglo veintiuno.
- Lacan, J. [1958] (2009b). La dirección de la cura y los principios de su poder. En *Escritos 2*. Buenos Aires: Siglo veintiuno.
- Lacan, J. [1960] (2009c). Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano. En *Escritos 2*. Buenos Aires: Siglo veintiuno.
- Lacan, J. [1957] (2009d). La instancia de la letra en el inconsciente, o la razón desde Freud. En *Escritos 1*. Buenos Aires: Siglo veintiuno.
- Lacan, J. [1955] (2009e). La cosa freudiana o sentido del retorno a Freud en psicoanálisis. En *Escritos 1*. Buenos Aires, Argentina: Siglo veintiuno.
- Lacan, J. [1955] (2009f). Variantes de la cura tipo. En *Escritos 1*. Buenos Aires: Siglo veintiuno.
- Lacan, J. [1958] (2009g). De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de las psicosis. En *Escritos 2*. Buenos Aires: Siglo veintiuno.
- Lacan, J. [1957-1958] (2010). El Seminario. Libro 5. *Las formaciones del inconsciente*. Buenos Aires: Paidós.

- Lacan, J. [1972] (2012a). El atolondradicho. En *Otros escritos*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. [1973] (2012b). Introducción a la edición alemana de un primer volumen de los Escritos. En *Otros escritos*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. [1964] (2013). El seminario. Libro 11. *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. [1958-1959] (2015). El seminario. Libro 6. *El deseo y su interpretación*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. [1977] (2018). Hacia un significante nuevo. En *Revista Lacaniana*. (25). EOL. Buenos Aires: Grama.
- Miller, J.-A. (1984). Sobre las interpretaciones. En *Escansión* (1). Buenos Aires: Paidós.
- Miller, J.-A. (1987). *Matemas I*. Buenos Aires: Manantial.
- Miller, J.-A. (1994). El plus de decir. En *Revista Freudiana*. (14). Escuela Europea de Psicoanálisis-Catalunya.
- Miller, J.-A. (1996a). El inconsciente intérprete. En *Revista Freudiana* (17). Escuela Europea de Psicoanálisis-Catalunya.
- Miller, J.-A. [1996] (1996b). La interpretación al revés. En *Entonces: Shhh...* Buenos Aires: Minilibros Eolia.
- Miller, J.-A. [1996] (1996c). Apología de la sorpresa. En *Entonces: Shhh...* Buenos Aires: Minilibros Eolia.
- Miller, J.-A. [1995] (1996d). El olvido de la interpretación. En *Entonces: Shhh...* Buenos Aires: Minilibros Eolia.
- Miller, J.-A. [1995] (1996e). Del Otro, que no existe. En *Entonces: Shhh...* Buenos Aires: Minilibros Eolia.
- Miller, J.-A. (1998a). *El hueso de un análisis*. Buenos Aires: Tres Haches.
- Miller, J.-A. [1986-1987] (1998b). *Los signos del goce*. Buenos Aires: Paidós.
- Miller, J.-A. [1987] (2006). *Introducción al método psicoanalítico*. Buenos Aires: Eolia-Paidós.
- Miller, J.-A. [1994] (2012). Interpretación y pulsión. En *Revista Freudiana* (65). Escuela Europea de Psicoanálisis-Catalunya.
- Miller, J.-A. [1995-1996] (2012b). *La fuga del sentido*. Buenos Aires: Paidós.
- Miller, J.-A. (2013a). "Un sueño de Lacan". En *Lacaniana Revista de Psicoanálisis*. Publicaciones de la EOL. Número 15. Año VIII. Buenos Aires, Argentina: Grama.
- Miller, J.-A. [1980] (2015). Interpretación. Cap. V. Encuentro en Caracas. Cláusulas de clausura en la experiencia analítica. En *Seminarios de Caracas y Bogotá*. Buenos Aires: Paidós.
- Miller, J.-A. (2016). Sobre el discurso de la ciencia. En *Un esfuerzo de poesía*. Buenos Aires: Paidós.
- Miller, J.-A. (2018). La palabra que hierde. En *Revista Lacaniana*. (25). EOL. Buenos Aires: Grama.
- Morales, A. (1996). Del éxito de la palabra de Freud y de su interpretación. En *La interpretación de Freud a Lacan*. Córdoba: EOL.
- Palomera, V. (1987). La entrada en análisis y el "ser" del analista. En *El significante de la transferencia*. Seminario y Jornadas del Campo freudiano en Barcelona. Buenos Aires: Manantial.
- Paulozky, D. (1996). ¿Qué es la interpretación?. En *La interpretación de Freud a Lacan*. Córdoba: EOL.
- Schejtman, F. (2005). La interpretación y la entrada en análisis: "Los negocios de la señorita X". En *Efectos de la experiencia analítica*. Buenos Aires: Grama.
- Silvestri, N. (1999). Presentación. En Brodsky, G. (Dir.). *Transferencia e interpretación*. Buenos Aires: EOL.
- Simonetti, A. (2018). La interpretación, manipulación de sentido. En *Revista Lacaniana*. (25). EOL. Buenos Aires: Grama.
- Sinatra, E. (2017). *Las entrevistas preliminares y la entrada en análisis*. Cuadernos del ICdeBA. Buenos Aires: Grama.
- Wittgenstein, L. (1922). *Tractatus Logico-Philosophicus*. Recuperado de www.philosophia.cl / Escuela de Filosofía Universidad ARCIS.
- Yurevich, R. (1996). El equívoco donde el goce está prisionero. En *La interpretación de Freud a Lacan*. Córdoba: EOL.
- Zack, O. (2005). La interpretación freudiana y la nuestra. En *Efectos de la experiencia analítica*. Buenos Aires: Grama.